### VIDA ARTÍSTICA

DE

## DON ISIDORO MAIQUEZ,

PRIMER ACTOR

DE LOS TEATROS DE MADRID,

ESCRITA POR

D. José de la Revilla.

MADRID, 1845.

IMPRENTA DE DON MIGUEL DE BURGOS,

donde se hallará.

CONTRICTAL LAND

# AND SELECT OFFICE AND EAST

NAME OF BELLEVIS

CORDAN EG PORTATE POS DE

BECRETA FOR

o se de la d'Lecula

NADRID 1873 NEL TO THE DECEMBER OF TUBEROS.

bil Marman



La envidia no eclipsará;

Y lo aplaude la verdad.

### VIDA ARTÍSTICA

DE

### DON ISIDORO MAIQUEZ,

PRIMER ACTOR

### DE LOS TEATROS DE MADRID,

ESCRITA POR

D. Tosé de la Revilla.



MADRID: 1845.

IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS,

donde se hallará.

Digitized by the Internet Archive in 2022 with funding from University of North Carolina at Chapel Hill

### ADVERTENCIA.

Quince años ha que debió salir á luz publica esta biografia artística de nuestro primer trágico, formando cabeza de un tratado de declamacion, escrito sobre las máximas de la escuela creada y observada por el mismo Maiguez. Pero las vicisitudes de la nacion durante ese tiempo, y las particulares del autor, no han permitido á este dar la última mano á semejante obra; permaneciendo, mientras tanto, en casi completo olvido las particularidades de la vida artistica de aquel inimitable intérprete de Talia y Melpómene, si se exceptuan algunas que se han extractado del manuscrito, para formar con ellas un artículo biográfico publicado en la coleccion de personages célebres del siglo XIX. Y probablemente continuaria confundido entre inútiles papeles este bosquejo, á causa de las atenciones de muy diversa naturaleza que rodean al que lo escribió, si Don Miguel de Burgos no hubiera promovido su publicacion, deseoso de perpetuar la memoria de aquel hombre extraordinario, à quien admiró con igual entusiasmo que todos cuantos tuvimos la fortuna de conocerle.

El autor hubiera podido dar mayor extension á esta biografía, aprovechando los muchos datos que logró reunir con no pequeña fatiga. Pero consideraciones sociales por una parte, y por otra los respetos debidos á personas que aun viven, y cuyo nombre no se cree con derecho para ofender, le han obligado á formar un cuadro, si bien muy reducido, suficiente al menos para dar idea bastante exacta de las vicisitudes, carácter, talento y superior habilidad de Isidoro Maiquez.

El arte encantador de expresar todos los afectos del alma por medio de la palabra y del gesto, ofrece en su historia tal variedad de vicisitudes, como varias han sido las sociedades en que ha encontrado acogida, y las opiniones ya favorables, ya contrarias que le han acompañado hasta llegar a nosotros.

La declamacion teatral, nombre vulgar, si no el mas propio, con que es conocida esa arte en Europa, nació, al mismo tiempo que el poema dramático, en medio de los placeres tumultuosos y los extravíos de la embriaguez de un pueblo idólatra \* que, no obstante su civilizacion y cultura, creyó hallar en aquellos excesos, y en el delirio del ditirambo, un holocausto digno de las divinidades que adoraba. Pero si el ditirambo, expresion monstruosa de una imaginacion ébria, se consintió; si las canciones báquicas sembradas de imáge—

<sup>\*</sup> En las fiestas que los griegos celebraban en honor de Baco.

nes obscenas se toleraban y aplaudian, cambió de aspecto la severidad de los moralistas y la suspicacia de los legisladores republicanos, apenas Susarion y Thespis, el uno sobre un tabladillo portátil, y el otro sobre un carro, dieron á los griegos la primera idea de los espectáculos escénicos, presentando un embrion del ingenioso artificio del poema dramático en sus dos géneros, como en sustitucion del ya gastado ditirambo \*. Semejante novedad, que no venia revestida del carácter religioso que aquel tenia en las festividades de Baco, alarmó el ánimo de Solon, poco satisfecho de que las antiguas tradiciones se viesen alteradas por la ficcion dramática; y al proscribir esa inusitada, y en su juicio peligrosa innovacion, dijo á Thespis: "Si honramos á la falsedad en nuestros espectáculos, la encontraremos muy presto en el trato mas sagrado."; Inútil prevision! El pueblo, mas obediente al irresistible impulso de sus sensaciones que á la voz del supremo legislador de Atenas, hizo ineficaz su mandato; y de tal manera que, tanto en las ciudades como en los campos, corria desatentado tras un espectáculo que arrebataba su atencion, excitando poderosamente su entusiasmo. El pueblo ateniense canonizó con su desobediencia

<sup>\*</sup> Composicion poética concebida y recitada en el fervor de las fiestas de Baco. Thespis introdujo en su lugar un actor que recitaba dialogando con el coro, fingiendo una accion mas ó menos interesante.

este apotegma de Eurípides: "La naturaleza da sus órdenes, y le importan poco las leyes que la contrarían." Hé aquí la causa de que no diese oidos á las palabras de Platon cuando en el diálogo séptimo de los legisladores declamaba contra la aficion del pueblo á los espectáculos escénicos, como inútiles y perniciosos á las buenas costumbres.

Sin embargo, esa predisposicion de un pueblo culto á saborear los delicados placeres de la imaginacion á que semejantes espectáculos convidan, no era comun á los demas estados de la Grecia; y menos debia de serlo para los rígidos lacedemonios, cuyas virtudes (si tan hermoso nombre merecen) se fundaban en sofocar en el alma todo sentimiento de humanidad que de algun modo pudiera debilitar el amor selvático y feroz á su patria y á sus bárbaras instituciones. Así es que, fuera de la Atica, los espectáculos escénicos ni hallaron cabida, ni fueron apenas conocidos.

Cultivados con empeño por los atenienses, de ellos los recibieron los romanos; pero engrandecidos, y con aquel grado de perfeccion que Esquilo, Sófocles y Eurípides consiguieron darles á fuerza de talento y de observacion de la naturaleza humana. El pueblo, rey, conoció todo su valor, y los cultivó con entusiasmo; y ni los anatemas de los sacerdotes, ni los decretos del Senado, ni la demolicion, á instancias de Scipion Nausica el Censor, del teatro construido en Roma, fueron barreras

suficientes para detener el curso de una novedad que instintivamente se consideraba, con razon, como el gran paso que le faltaba dar al ingenio humano para la grande obra de la civilizacion de los pueblos.

La luz del Evangelio se difundia por las regiones orientales al propio tiempo que los espectáculos escénicos continuaban participando de la naturaleza idolátrica de los ingenios que los sustentaban; y los venerables Padres de la primitiva Iglesia, celosos por preservar de los errores del paganismo á los que se afiliaban en las banderas del Crucificado, y robustecerlos en el espíritu del Evangelio, emplearon todo el vigor de su elocuencia para pintar las abominaciones de semejantes espectáculos, y retraer á aquellos de su concurrencia como contraria á la pureza de las costumbres, y á la disciplina del cristianismo. Razon tuvieron entonces los sucesores de los Apóstoles para alejar de semejantes espectáculos á prosélitos de tibia fé, de espíritu dudoso y vacilante, y de no probada constancia en seguir el áspero sendero abierto para la virtud por el Redentor del género humano.

Extinguida la idolatría y purgada la escena de las doctrinas del gentilismo, los cristianos comenzaron á concurrir á los espectáculos escénicos; pero si bien habian desaparecido las huellas de la religion pagana, no así las obscenidades y torpezas que, como por tradicion, se conservaban en los

dramas, y en los gestos ó ademanes de los que los ejecutaban. La fuerza de la costumbre y la natural propension de los pueblos á gustar de todo cuanto favorece la liviandad de las costumbres, ahogaron la voz tronadora de los moralistas ascéticos; y hasta los príncipes mismos se vieron obligados no solo á permitir espectáculos realmente obscenos, sino tambien á preceptuar su ejecucion, destinando de propia autoridad personas degradadas y envilecidas á desempeñar los oficios de la escena, ya entonces reputados por infames, segun se ve en el título VII libro XV del Código Teodosiano.

Desde este período comienzan á hacerse mas notables las varias vicisitudes que ha corrido el arte de la representacion teatral, constantemente perseguido ó anatematizado, y no obstante eso aplaudido por todas las clases de la sociedad. Para alejar á sus individuos de semejantes espectáculos, ya que no estaba en su mano el prohibirlos, los pastores de la Iglesia en los siglos cuarto y quinto excluyeron de la comunion de los fieles y de la participacion de las cosas sagradas á cuantos se dedicaban al ejercicio escénico: medio violento en verdad, y que no produjo el efecto que aquellos se propusieron.

La invasion de los septentrionales puso término á esa lucha entre la severidad de los moralistas ascéticos, y la propension de los pueblos á disfrutar de los placeres de la escena. Hundióse el teatro envuelto entre las ruinas del mayor imperio conocido, y volvió á renacer de sus propias cenizas, imperfecto y débil, pero anunciando robustez y lozanía para cuando las nuevas sociedades europeas adquiriesen con el cultivo de las letras la estabilidad y grandeza á que las conducia su progresiva civilizacion. Renació, pues, el teatro, y con él las interminables contiendas acerca de lo lícito ó ilícito de sus representaciones. ¡Vanos afanes! El empuje de la civilizacion, mas poderoso que las exhortaciones ascéticas y las argumentaciones teológicas, sublimó al teatro sobre todos los demas espectáculos conocidos; y dando cuerpo á una opinion unánime, compacta, irresistible, esta ha sentado como principio invariable que el arte del teatro, en sus dos partes de composicion y ejecucion, pertenece á las artes imitativas, y que su existencia en las naciones europeas ha puesto el sello á su civilizacion y grandeza.

Si pretendiese bosquejar en este opúsculo toda la historia del teatro antiguo y moderno, subiria de punto el interes que esta ofrece al ver en sus diversas fases á cuán extrañas inconsecuencias se halla sujeto el entendimiento humano, y cuántas veces en medio de sus acalorados debates, de sus brillantes teorías, de sus ingeniosas argumenta—ciones, asoma un juicio instintivo, pero seguro é indestructible, que vagando á merced de encontradas opiniones, llega por último á sobreponerse á

todas, y á imperar sobre ellas con absoluto dominio.

Esto es lo que ha sucedido respecto de las representaciones teatrales; mas no tan exactamente en cuanto á las personas que las ejecutan. Las dudas suscitadas acerca de la moralidad de estos espectáculos; las obscenidades que realmente se introdujeron en todos los teatros de Europa desde su origen, con especialidad por los llamados timélicos, mimos y pantomimos; los mismos nombres con que la muchedumbre los designaba, llamándolos histriones, farsantes, comediantes, etc; y especialmente las costumbres, en general licenciosas, de los que se dedicaban á la carátula ó á la farándula, pues con ambos nombres era conocido en anteriores siglos en España el arte de la declamacion teatral, todo reunido contribuyó desde muy antiguo á calificar de vulgar é innoble su profesion, y por consiguiente á cuantos á ella se dedicaban. Preciso ha sido el trascurso de los siglos, el progreso de la civilizacion, el mayor decoro en las costumbres, y en particular el espíritu analizador y filosófico de los tiempos modernos, para descubrir y apreciar en su justo valor el mérito de un arte, cuyos poderosos resortes, así como los de la poesía, consisten en la sensibilidad y la imaginacion. Preciso ha sido que se haya visto el teatro europeo ilustrado con crecido número de actores eminentes como Garrick, Miss Odefiel, Henderson, y Kemble en Inglaterra; Lekain, Larive, y Talma en Francia; María Ladvenant, Rita Luna, y Maiquez en España, para que sea considerado como arte, y arte difícil, el de la declamacion. Y finalmente, ha sido preciso que los restos mortales de los tres primeros que acabo de citar, hayan obtenido el honor de reposar tranquilamente al lado de los sepulcros de los reyes de Inglaterra, bajo las magestuosas bóvedas de la Abadía de Westminster, para desvanecer la degradante opinion que á esa profesion acompañaba, por haber tenido en cuenta su orígen licencioso, y no la reforma de las costumbres ni los progresos que habia conseguido hacer, á medida que se acrecentaba la cultura de las naciones. He aquí el triunfo de la razon en lucha perpétua con el error y con envejecidas preocupaciones. He aquí reproducido el tiempo en que los Césares romanos honraron el talento de los que en esa profesion sobresalian, y creaban colegios en donde se cultivase el arte al par que las costumbres, como condiciones indispensables para formar actores eminentes.

El arte de la representacion teatral considerado ya como imitativo y bello, ha conseguido presentar á los ojos de todos los pueblos civilizados un espectáculo útil y agradable que forma una parte esencial de sus costumbres, de sus necesidades y de sus goces; y cuya perfeccion, fundada sobre las bases comunes á las demas artes, que son

la propiedad, conveniencia y buen gusto, reclama por sí misma la consideracion de las leyes y las luces de los sábios.

Siendo, pues, las artes patrimonio de la sociedad, lo es igualmente el renombre de aquellos artistas que mas vigorosamente han luchado con sus enormes dificultades, sometiéndolas al dominio del entendimiento del hombre; porque semejantes esfuerzos del saber honran á la humanidad en general, y en particular á las naciones que alimentan ingenios sublimes, con los cuales se hacen mas acreedoras al aprecio y veneracion de las generaciones futuras. No por otra causa rompe la densa niebla de los siglos, y llega hasta nosotros, la memoria de Roma y Atenas; repúblicas mas célebres por los hombres eminentes que nacieron en ellas, que por los efimeros triunfos de sus armas vencedoras. Á estos solamente damos en tributo nuestra admiracion, cuando tributamos á los otros nuestra admiración y agradecimiento. Los primeros representan la inmensa suma de bienes y placeres de que les somos deudores: los segundos se ofrecen á la imaginacion para reproducir en ella la imágen desconsoladora de los seres humanos, pugnando por anticiparse al término de la vida.

La memoria, pues, de los hombres superiores en cualquier género interesa á la sociedad, porque es un título de gloria que la lisonjea y ennoblece; y el arte de la representacion teatral, que tantas vicisitudes ha experimentado siempre; que con tanta incertidumbre ha llevado sus pasos por un sendero escabroso y desconocido, al cual ha negado constantemente sus luces la filosofía, no por eso contribuye menos que las demas á la gloria de las naciones. La nuestra, sin duda alguna, puede jactarse de contar entre los títulos de su antigua fama los anales de su teatro; porque en ellos se encuentran innumerables ejemplos de lo que puede hacer el ingenio siguiendo sencillamente á la natura-leza.

No hay duda en que esta señala á aquel el camino que debe seguir, y le asegura el éxito cuando no se aparta de la sencillez de sus máximas; pero no es menos indudable que semejante asercion no pareceria acaso tan exacta para nosotros, si el inmortal Maiquez no hubiese demostrado su evidencia en la escena. Su ingenio eminentemente grande se elevó sobre la naturaleza y el arte, sin que acaso debiese mas que á la primera el éxito asombroso de sus empresas.

El nombre de este célebre actor, tantas veces repetido con aplauso; su mérito, sirviendo de término de comparacion en todas las discusiones escénicas; el halagüeño recuerdo del entusiasmo pítico que inflamaba á los espectadores apenas desplegaba sus labios; todo cuanto tiene relacion con este hombre, verdaderamente extraordinario,

interesa al honor nacional, y me ha impulsado á ensayar mis débiles fuerzas para perpetuar su nombre, y reverdecer los laureles que tantas veces supo arrancar de la sien de Melpómene para adornar su frente.

Con este objeto he procurado reunir cuantas noticias me ha sido posible, á fin de presentarle á la posteridad tal cual era respecto de su arte, aprovechándome tambien de algunos artículos biográficos que se han publicado por literatos amantes de la buena memoria de nuestro primer trágico. Al mismo tiempo he desechado de intento aquellos hechos que solamente pintasen al hombre en sociedad, persuadido de que bajo este aspecto únicamente podria interesar la curiosidad pasajera, que muere apenas se satisface; cuando por el contrario, enumerando sus conocimientos y el grado de mérito que alcanzó en la escena, su historia interesa á todas las edades y á todas naciones; porque entra en el dominio de las artes imitativas, cuyos progresos estan en armonía con el de los siglos y los pueblos en donde reina la civilizacion.

### II.

Isidoro Patricio Maiquez nació en la ciudad de Cartagena á las dos de la tarde del dia 17 de marzo de 1768, y fué bautizado en la única iglesia

parroquial de aquella ciudad (1). La familia de los Maiquez perteneció antiguamente á la clase media de la sociedad, en la que se mantuvo con mucha decencia, ocupando sus individuos algunos empleos y dignidades, particularmente en la carrera eclesiástica, á la que tuvieron inclinacion decidida. Pero los acontecimientos de las famosas guerras de sucesion, arrebatando en el torrente de los partidos el bien estar de millares de personas, redujeron á la nada esta desgraciada familia, obligándola á ocuparse en diferentes artes, y con particularidad en el de la seda, para atender á su subsistencia. Mas estos recursos de la necesidad debieron sin duda experimentar notable decadencia, puesto que Isidoro Maiquez, padre de nuestro célebre Isidoro, abandonó su oficio de cordonero de seda, despues de haberle ejercido bastantes años, y se introdujo en los teatros de varias capitales de España, en donde desempeñó con alguna aceptacion los papeles de galan y barba.

He aquí el orígen de casi todos los actores que pueblan nuestros teatros: hijos de padres humildes ó de familias desgraciadas, han encontrado en un arte degradado y envilecido injustamente, un asilo contra las privaciones ó la mendicidad; y juzgando del teatro como juzga la muchedumbre, han contado solamente con sus fuerzas naturales, y no con los conocimientos prévios que exige el número asombroso de sus dificultades: circunstancia que

nos priva de actores sobresalientes\*, y de la esperanza de que este arte llegue al último grado de su perfeccion.

Nuestro Isidoro, que desde su nacimiento siguió á su padre á los diversos puntos en que habia de trabajar, fué adquiriendo aquella aficion que casi siempre despierta en nosotros el deseo de imitar á nuestros mayores ó personas encargadas de nuestra infancia; y si á esto se agrega la educacion descuidada que tuvo, como todos los hijos de actores ambulantes, y que la única instruccion que adquirió en su niñez fué la que podia proporcionarle la lectura de cuantas comedias llegaban á sus manos, no extrañaremos que sus votos se dirigiesen á ocupar algun dia la escena, para merecer los aplausos públicos que repetidas veces alcanzó su padre en ella.

Su aficion cómica llegó á ser extremada, á pesar de la manifiesta oposicion de aquel; y aunque le tenia prohibida la entrada en el teatro, halló Maiquez un medio ingenioso de introducirse en él, á pretexto de conducir sillas á los palcos; operacion que suele hacerse en algunos teatros de provincia. Nada habia mas lisonjero para Isidoro que presenciar

<sup>\*</sup> En efecto; aun cuando en el dia podamos contar algunos actores que merecen esa calificacion, su número, sin embargo, es demasiado corto para que la escena española pueda salir del estado de medianía en que la vemos; y no á otra causa sino á la que dejo indicada, se puede atribuir su actual atraso.

una representacion, y mezclarse en las conversaciones sobre asuntos cómicos, haciéndose cada vez mas invariable su inclinacion al teatro.

Firme, pues, en su propósito, y resuelto á arrostrar las dificultades de una profesion que tanto halagaba su amor própio, se decidió por fin á tentar el favor de la fortuna. Sus primeros ensayos los hizo en el teatro de Cartagena. Allí, guiado tan solo de su aficion y de algunas lecciones de su padre, se presentó por primera vez á recibir desaires de sus paisanos, el mismo que con el tiempo habia de ser el embeleso de la corte, y objeto de admiracion para nacionales y extranjeros.

A poco tiempo de haber trabajado en el teatro de Cartagena, pasó al de Málaga, en donde igualmente tuvieron mal éxito sus tentativas. Maiquez no tenia en su primera juventud ninguna cualidad artística que le hiciese recomendable, á excepcion de su figura que era interesante y bella; por lo demas, carecia de accion; su voz era oscura; y como no tenia modelo que imitar, su juicio, falto del tacto fino y delicado que proporciona una educacion esmerada, no podia descubrir el verdadero camino de la perfeccion (2).

Sin embargo de sus desventajas, como naturalmente se hallaba dotado de imaginacion viva, penetrante, tenaz y vigorosa, se afanó incesantemente en buscar los medios de agradar á un público que en tantas ocasiones habia herido su amor

propio, dedicándose con el mayor ahinco á descubrir los fundamentos de un arte que, con serle familiar desde la cuna, le era no obstante muy desconocido.

Así prosiguió por algunos años, ocupando al lado de su padre la parte de segundo y tercer galan en los teatros de Cartagena, Málaga, Valencia, Granada, y otras capitales de la península, desmintiendo insensiblemente el mal concepto artístico que al principio formó de él la opinion pública, hasta que por último resolvió su padre trasladarse á Madrid con toda su familia.

Verificada la traslacion en el año de 1791, fué recibido el jóven Maiquez en la compañía de que era autor Manuel Martinez, y que á la sazon trabajaba en el teatro del Príncipe \*. Su colocacion fué de un parte por medio, ó sea noveno galan, con partido de 17 reales; y con el mismo siguió trabajando en el año siguiente en clase de séptimo galan, hasta que por fin en el año 93 subió al puesto de sobresaliente, con partido de 20 reales.

La postergacion en que se halló durante estos tres años, parece debia haberle conducido á seguir las huellas de aquellos que mas gozaban del aura popular, como hacen casi todos los que ejercen esta profesion; por ser el medio mas sencillo de elu-

<sup>\*</sup> Es de advertir que hasta el año 1800, poco mas ó menos, no tenian las compañías teatro sijo, y alternaban en ambos por temporadas.

2:

dir discultades, aunque no sea el mas seguro para labrarse aquel concepto sólido que trasmite la fama del artista á la mas remota posteridad.

Maiguez tenia sobrado talento para que llegase hasta ese punto su equivocacion: él sabia muy bien que el sentimiento no se imita: que es necesario sentir para expresar y conmover; y que la ausencia del sentimiento no la suplen ni ademanes ni gestos prestados, mas ó menos pintorescos, mas ó menos elegantes. Así es que á ninguno imitó: su fuerza de alma le obligaba á mirar con desprecio los efímeros triunfos de sus compañeros, juzgándolos en el fondo de su corazon como testimonios irrecusables del mal gusto de su tiempo, segun la idea que él habia llegado á formar del arte; y sobre todo, debió á la naturaleza un carácter tan indomable, y tal tenacidad en sus ideas, que no le permitian prestarse fácilmente á otro dictámen que el suyo, con particularidad en materia de declamacion. Si esta tenacidad de ideas podia juzgarse como un defecto, en contradiccion con su trato agradable y franco en sociedad, fué al mismo tiempo una ventaja para quien como él tenia que luchar heróicamente contra el mal gusto de sus contemporáneos, hasta obligarlos, á fuerza de una constancia admirable, á abandonar el camino de lo falso para dirigirse al de lo verdadero, y convertir el desprecio con que antes le miraban, en una profunda admiración, y un entusiasmo de que no hay ejemplo en la escena española.

Entre tanto Isidoro, cada vez mas sediento de gloria, y deseando labrar su reputacion con mayor suma de merecimientos, se ausentó de Madrid el año 94, y pasó á trabajar al teatro de Granada en calidad de parte principal. Bien sabido es que estas emigraciones de los actores á las provincias les producen ventajas considerables para sus ajustes en los años siguientes, si son recibidos con aplauso en aquellas. Isidoro contó con esta circunstancia para asegurarse mejor en la escena, calculando que su corta ausencia debilitaría algun tanto la prevencion con que le oyera el público madrideño.

En aquella ciudad conoció por primera vez á un jóven cursante de la universidad, con quien Maiquez contrajo relaciones amistosas, que en el año de 1800 se estrecharon en Madrid, con motivo de un viaje que aquel hizo para recibirse de escribano. Llamábase D. Antonio Gonzalez, nombre que figurará mas adelante para simbolizar en la persona del que lo llevaba, el dechado de la amistad mas pura y desinteresada.

Al año siguiente regresó á Madrid, y volvió á ocupar en el mismo teatro su parte de sobresaliente, en la que disfrutó dos años el partido de 20 reales, y al tercero el de 24. En esta época, ya fuese porque Maiquez desarrollase mas sus talentos cómicos, ó porque la costumbre de verle y oirle hiciese tolerables sus defectos, lo cierto es

que comenzó á arrancar los aplausos que le habian sido negados hasta entonces (3).

El mal gusto dominante en la escena, y el amanerado y ridículo sistema de declamacion adoptado por nuestros antiguos actores para agradar al pueblo, contribuyó no poco á que Maiquez fuese mirado con disgusto por su estilo totalmente desconocido en la escena. Pero persuadido este actor de que el teatro debe ser una imágen exacta de la sociedad, y que los personajes en él introducidos han de hablar, moverse y gesticular como los demas hombres, sometiendo el estilo y los ademanes á las leyes de la conveniencia y buen gusto, no podia admitir jamas en su sistema aquella accion artificiosa, complicada y pintoresca de sus compañeros; aquel tono declamador, enfático y cadencioso, que ahora ya seria intolerable á nuestros oidos; y aquellos juguetes de escena triviales y ridículos, tan agradables entonces á los espectadores, y que en realidad trasformaban en farsas las obras dramáticas mas recomendables. No accionar, no gesticular como un demente, era ser frio: no declamar con énfasis y casi cantando, era ser insulso. Contra estas dos grandes máximas de naturalidad y buen gusto pecó Maiquez, y á ellas debió los dictados de galan de invierno, agua de nieve, voz de cántaro, y otros varios, sumamente satisfactorios, con que le agasajaron sus contemporáneos. Verdaderamente no debió á la naturaleza voz limpia, robusta, sonora y armoniosa cual era de desear en un actor de su clase; pero en recompensa le dió sobrado talento para conocer la necesidad de hacer de ella un estudio muy detenido, á fin de modular-la y hacerla, no solo tolerable y profundamente trágica, sino tambien sumamente apta para la expresion delicada, dulce, tierna y patética, al par que noble, magestuosa y terrible: así es que en su boca se oyeron los acentos mas sublimes del dolor, y los ecos mas pavorosos del furor y de la desesperacion. Lo singular es que no se sabe hiciese estudio alguno declamatorio sino en el acto de ensayar con sus compañeros; pues tengo motivos para creer que fuera del teatro nadie le oyó declamar, inclusos sus propios hermanos.

La preocupacion de sus compatriotas llegó hasta el extremo de negarle expresion en la fisonomía, cuando es poco menos que imposible se presente quien reuna ventajas tan excesivas en esta parte. Un hombre que supo trasladar á su semblante toda la fervidez y violencia de las pasiones, sin verse jamas obligado á violentar sus músculos para conseguirlo, no carecia seguramente de expresion en el gesto; y es necesario dejarse arrastrar de la mas ciega parcialidad para desconocer que quien tan fácilmente agitaba á su antojo el alma de los espectadores con una sola mirada, fuese inferior en esta parte á aquellos cuya gesticulacion forzada y grotesca descompone al personaje trágico y le

hace risible. Esta circunstancia destruye igualmente la inculpacion de frialdad con que le motejaban \*. ¿Se podrá creer de buena fé que un actor dotado de exquisita sensibilidad, de férvida imaginacion, de temperamento fogoso, y de flexibilidad muscular en su semblante, cual ninguno la ha tenido en igual grado, pueda pecar jamas de frio en la representacion? Lo único que fundadamente podrá concederse es, que en su primer tiempo no se habia desenvuelto su naturaleza tanto como en épocas posteriores; lo cual es comun á toda clase de artistas; pero de aquí á negarle absolutamente todas las dotes de expresion, media una distancia inmensa. Someto gustoso al juicio de mis lectores la decision de este punto (4).

Era, pues, un espectáculo sumamente interesante el contraste singular que ofrecia por una parte la opinion general conjurada en contra de un actor abandonado á sí mismo, y por otra la impavidez y constancia con que este atleta imperturbable caminaba tranquilamente despreciando aquella desecha borrasca, como si descubriese en lejano

<sup>\*</sup> La destruye igualmente el testimonió de dos actores contemporáneos de Isidoro, que fueron Roldan y Caprara, quienes me aseguraron que aquel siempre apareció frio en los galanes amorosos y excesivamente parleros de nuestro antiguo teatro, cuyas pasiones alambicadas y llenas de flores poéticas le repugnaban en gran manera como contrarias á la sencillez de la naturaleza; pero que en todo lo demas sentia con vehemencia. Y cuenta, que Caprara jamas fué amigo de Maiquez.

término el premio que le reservaban la imparcialidad y la justicia. Así, pues, sostuvo con heróica constancia una lucha desigual y tenaz con el público, sin que se pueda decir cuál fuese mas admirable, si la obstinacion de los espectadores en no reconocer el mérito artístico de Isidoro, ó la superioridad y temple diamantino de su alma, para sobreponerse á los ultrajes que recibia en la escena, y luchar á porfia contra el mal gusto de su tiempo, y vencerle y domeñarle\*. Su mayor gloria consistió en haber salido victorioso de tan desigual combate, y arrancar aplausos lisonjeros y elogios sin número, que se renovarán mientras el nombre de Isidoro Maiquez viva en la memoria de los amantes de los hombres célebres.

El año de 1798 se formaron tres compañías iguales, con el objeto de que una de ellas pasase á trabajar á los Sitios Reales; y en la destinada á este fin le cupo á Maiquez la parte de primer galan, con los mismos derechos y obvenciones que disfrutaban los actores de Madrid. Esto fué ya dar un paso muy agigantado hácia su engrandecimiento. Lisonjeábale su amor propio viendo casi patentiza-

<sup>\*</sup> Una de las noches en que el disgusto del público se manifestó de una manera bastante expresiva contra Isidoro, salió este de la escena, y dirigiéndose á su amigo y compañero Roldan, le dijo sonriendo con la mayor tranquilidad: ¿No ha observado V. que apenas salgo á la escena me abruman por todas partes los aplausos?

do su principio favorito, á saber, que la constancia y el tiempo todo lo vencen, y que los obstáculos opuestos á una innovacion en sus principios, no impiden sea por fin admitida con aplauso, si tiene por apoyo la razon. Palabras textuales de Isidoro.

Pero el colmo de sus deseos y esperanzas llegó con el año 99 ocupando en Madrid la parte de primer actor. Colocado ya en el puesto único á que podia aspirar; dueño absoluto de desenvolver sus fuerzas naturales; y envanecido con sus repetidas victorias sobre la opinion; su genio sacudió la coyunda que antes le oprimia, y elevándose sobre sí mismo, se propuso presentar á los ojos de los espectadores el tesoro de sus conocimientos, por tanto tiempo despreciado, pero adquirido en la oscuridad de su anterior clase á fuerza de observaciones y meditacion. La novedad atrajo inmenso número de espectadores: todos alababan á porfia al nuevo galan: todos aplaudian su acertada direccion; y el nombre de Maiquez comenzó desde entonces á correr de boca en boca, seguido de tantos elogios cuantos habian sido poco antes los vituperios: prueba inequívoca de cuán instables son los juicios de la muchedumbre.

Elevado, por fin, á la primera dignidad escénica, objeto constante de sus desvelos y fatigas: vencedor de una opinion tan encarnizada contra él desde el momento de su aparicion en la escena; y realizadas cuantas esperanzas halagüeñas le habian

hecho tolerables los repetidos desaires de la fortuna, nada parecia quedarle que hacer sino entregarse descansadamente á disfrutar la suerte feliz que habia labrado con sus propias manos, afianzando en ella un porvenir lisonjero. Pero Maiquez era actor sublime, no cómico adocenado. Lo que para otros hubiera sido un motivo de indolencia y presuncion ridícula, creyendo haber llegado al pináculo del saber, fué para él un nuevo estímulo que puso en accion todas sus facultades intelectuales, y el deseo vehemente de llevar á cabo un proyecto, en aquellos tiempos colosal, que muchos años habia alimentaba en su alma, digno de un hombre entusiasta de la gloria.

### III.

Los nombres de Talma, Kemble, Lafond, y otros actores extranjeros, llegaron á oidos de Maiquez con toda la celebridad que tan justamente adquirian en la escena. Su talento perspicaz conoció bien pronto que así como el teatro moderno frances habia hecho progresos muy rápidos en la poesía dramática, era consiguiente los hubiese hecho tambien el gusto en el arte escénico; y que por lo tanto desconocerlos enteramente era igual á conformarse con no salir jamas de una oscura medianía, puesto que nuestro teatro nada le presentaba de nuevo para

desenvolver su ingenio. Convencido de esta verdad; impulsado por el deseo de saber; considerándose capaz de hacer cuantos esfuerzos son necesarios para sobreponerse á las dificultades de un arte tan escabroso, y animado por el noble orgullo de rivalizar algun dia con aquellos hombres célebres, y acaso superarlos, resolvió por fin en el otoño del mismo año atravesar los Pirineos, y buscar en la capital del mundo civilizado lo que por tanto tiempo habia anhelado su corazon. Semejante tentativa sorprendió á todos generalmente: unos la calificaron de necia; otros la consideraban ridícula; otros aventurada; pero la parte ilustrada del público presagió felices resultados de aquella empresa, porque desde luego juzgó que solamente el ingenio es arrojado y emprendedor; y que, aun queriendo dar por supuestas cuantas contingencias pudieran ofrecerse á Isidoro en su intento, nada bastaria á contrariar de tal modo sus esfuerzos, conocido ya su temple de alma, que no sacase algun fruto de sus afanes y perseverancia. Y finalmente, no podia menos de inferirse que, en último resultado, cuanto mayores fuesen los obstáculos que hubiese Maiquez de vencer, tanto mayor seria la gloria de haber intentado lo que se reservan siempre para sí las almas grandes.

Conseguido el permiso del Gobierno y de las compañías cómicas para poderse trasladar á Francia, solamente le faltaba reunir los auxilios pecu-

niarios indispensables para verificar tan largo viaje. Contaba para ello con la asignación de 400 reales mensuales que le señaló Godoy, pagaderos de los fondos destinados á los gastos de nuestra embajada en París. Pero no siendo esto suficiente para cubrir los dispendios que debian originársele, vendió todas las alhajas de su uso y sus ropas teatrales; y ademas sacó del fondo que cada teatro tenia destinado para las jubilaciones, la parte que le correspondia, sacrificando de este modo su derecho á la jubilacion. Rasgo de semejante naturaleza, manifiesta con cuánta seguridad calculaba el éxito de sus tentativas, y de cuánta osadía son capaces las almas fuertes, animadas por el insaciable deseo de hacer eterno su nombre \*. Hecho esto, y reuniendo algunas cartas de recomendacion, emprendió Isidoro su viaje acompañado de los sinceros votos de la amistad, y de los de cuantos en todos tiempos se interesan por el progreso de las artes, y por la felicidad y gloria de los que dignamente las ejercitan. La idea de un artista pobre y desvalido que, animado del noble deseo de aprender, se arroja impávido á contrarestar

<sup>\*</sup> Las dificultades que Maiquez hubo de vencer para el viaje de que se trata, solamente pueden apreciarse comparando los escasísimos recursos de que podia disponer, con los enormes gastos que ofrecia un tránsito tan largo, á causa de los costosos medios de traslacion de Madrid á París en época en que no eran conocidas las diligencias.

una série de miserias como las que debian rodearle en un pais extraño, cuyo idioma apenas conocia \*, entregado á sus propias fuerzas, sin mas riqueza que su imaginacion, y sin otra esperanza que la remota de merecer algun dia las alabanzas de sus conciudadanos, interesaron por fin al público, que ya desde entonces comenzó á apreciar su nombre, y á desear con ansia verle aparecer de nuevo en la escena para tributarle los homenajes debidos á su genio emprendedor.

Apenas llegó á París, su conato se dirigió á entablar relaciones con el coloso de la escena francesa, á quien Maiquez respetó siempre aun antes de pisar las márgenes del Sena. Sus relaciones con aquel no pasaron al principio de los términos de la buena política, ni podia ser otra cosa si se atiende á la preponderancia en que se hallaba Talma, y al ningun prestigio que acompañaba al artista español. Así, pues, tuvo este no poco que hacer para conseguir el permiso de estar entre bastidores, única fineza que debió por entonces á los actores franceses.

Maiquez, sin embargo, sobreponiéndose á todo cuanto era bastante por sí mismo para infundirle desaliento y anonadar su espíritu en situacion tan

<sup>\*</sup> Maiquez conocia de la lengua francesa lo suficiente para darse á entender; pero jamas hizo uso de ella, sino cuando la precision le obligó á comunicarse con los franceses durante su estancia en Paris.

penosa como la suya, se dedicó obstinadamente á conocer las obras maestras de la poesía dramática, el verdadero fundamento del arte de la representacion, y por último, á ver con exactitud lo que hasta entonces se habia presentado con alguna oscuridad á su entendimiento. Varios españoles que á la sazon se hallaban en París, entre ellos D. José María de Carnerero, le facilitaron las relaciones necesarias, y hasta íntimas, con Talma, Picard, y otras personas notables de aquel tiempo, y de las cuales supo diestramente aprovecharse. La grandiosidad y sublime expresion de Talma; la fuerza y vehemencia de Lafond; la delicadeza de M. 11e Mars; la dignidad de M.<sup>11e</sup> George; la energía de M.<sup>11e</sup> Duchesnois; la naturalidad de Clauzel, todo llamó y fijó su atencion; y de todo cuanto halló digno en estos célebres actores, se propuso formar un modelo ideal, un tipo constante de su ejecucion escénica. Así lo escribia á sus amigos hablando con toda imparcialidad, y con aquel criterio seguro que tanto le distinguió siempre, acerca del mérito artístico de aquellos, ensalzando hasta lo sumo el estado de prosperidad y grandeza en que halló los teatros franceses, superior á todo lo que su imaginacion pudiera haberle representado como mas perfecto en su género, y encareciendo en particular el efecto maravilloso que habian producido en su alma las primeras representaciones que vió en París.

A este propósito refirió á uno de sus amigos en cierta ocasion, que apenas llegó á aquella corte fué á ver ejecutar á Talma el papel de Hamlet en la tragedia de este nombre; y tan extraordinaria sensacion experimentó al llegar la escena en que el protagonista intenta asesinar á su madre, que por un movimiento involuntario se levantó de la luneta, creyendo que brotaban sangre sus ojos, porque todo cuanto veía le pareció de color de sangre; y en fin, que entusiasmado por la prodigiosa ejecucion de aquel artista admirable, exclamó fuera de sí: ¡ y soy yo primer actor en Madrid estando este hombre en el mundo!

Talma en lo trágico y Clauzel en lo cómico fueron sus principales modelos, sin copiarlos servilmente, como algunos han creido: si así lo hubiera hecho, jamas habria alcanzado aquel mérito superior que le hizo inimitable. Tenia Maiquez demasiado talento para engañarse hasta el punto de creer que todos los medios de expresion son aplicables á todos los paises, y mucho orgullo natural para contentarse con el mezquino título de copiante. Persuadido íntimamente de que un artista para ser grande ha de ser original, y que la simple imitacion de maneras en el arte que profesaba no solo es insuficiente para el objeto, sino tambien un testimonio irrecusable de la impericia y falta de recursos morales del actor, procuró precaverse con sumo cuidado del contagio, para evitar el descrédito en que han caido cuantos han llegado à creer de buena fé que una simple copia de los actores franceses debia necesariamente agradar à espectadores españoles.

Maiquez sabia muy bien que todas las naciones del mundo se distinguen notablemente por el idioma, carácter, usos y costumbres que les son peculiares: que los signos exteriores de la expresion, si bien tienen un centro comun, no así aquellos matices delicados, aquellos rasgos parciales, aquel todo en fin que ofrece un carácter particular de expresion correlativo á estos mismos usos y costumbres de los pueblos; relacion exacta que no puede faltar jamas, so pena de alterar la verdad de la naturaleza \*. Conocia igualmente que la índole particular de la lengua francesa y de su versificacion alejandrina, no podia hermanarse de ninguna manera con el genio particular de nuestra lengua; y que los hermosos endecasílabos castellanos pier-

<sup>\*</sup> El colmo de la verdad en las representaciones escénicas, deberia consistir en imitar la accion, gesto, apostura y acento de los diversos pueblos á que pueden referirse las composiciones dramáticas. Pero como al fin no hay medio de usar en ellas otro idioma que el nativo para que todos las entiendan, y seria necesario ademas formar actores dotados de inmensos conocimientos históricos, asi como tambien un auditorio igualmente ilustrado en esa materia, no queda otro recurso que atenerse á la verdad relativa; esto es, á aquella que podemos conocer refiriéndola á nuestra habitual manera de sentir, de juzgar, y de expresarnos.

den su deficadeza, fluidez y armonía, con la monótona declamacion francesa, la cual fatiga nuestro oido y desazona nuestro espíritu. Y últimamente, Maiguez, desde sus primeros pasos en la carrera cómica, se convenció de que la sencillez y naturalidad debian siempre ser preferidas á la afectacion pedantesca y fastidiosa tan aplaudida en su tiempo; por consiguiente no podia menos de descartar de la escuela francesa cuanto aparece en ella para los españoles como exagerado y aun ridículo, y atenerse únicamente á las máximas de propiedad, conveniencia y buen gusto, dotes particulares de toda escuela que, como la francesa, está fundada en principios invariables, en doctrinas controvertidas, sacadas inmediatamente del estudio de la naturaleza humana. Penetrado de estas razones, no se dejó arrastrar como otros de la novedad, y de aquel falso entusiasmo que tan fácilmente trastorna el buen sentido. Observó con mucha atencion: meditó profundamente sobre los motivos de su arte; comparó con acierto; y acostumbrándose á distinguir lo bueno, lo útil y verdadero, de lo que solamente es mediano, perjudicial ó facticio, hizo suyo propio todo cuanto le pareció podia hallarse en perfecta armonía con la escena española, y con la índole particular de nuestra lengua. En fin, viendo ante sus ojos otro mundo artístico superior al que ya conocia, desplegó su ingenio levantándole á una altura de pocos alcanzada, creando por sí

mismo un nuevo sistema de representacion natural, magestuoso y variado, muy distinto en sus manos del que manejaban Talma y Clauzel, y al cual difícilmente se llega sin tener las grandes dotes que adornaban su alma. En una palabra, su estudio fué el de un hombre dotado de espíritu analizador, no el de un escolar siguiendo ciegamente la rutina de su maestro.

Isidoro, no obstante el orgullo que sin duda tenia, y de que sus compañeros le acusaron, siempre se consideró inferior á Talma, y aun le llamaba su maestro en las cartas que le escribia; pero Talma afectaba no admitir semejante título, repitiéndole en sus contestaciones cuán bochornoso le era recibirlo de un artista en quien concurrian ventajas tan superiores á las suyas (5). No obstante esta aparente modestia, Talma en el fondo de su pecho se juzgaba el modelo del hombre cuya fama habia traspasado los Pirineos, y extendídose por casi toda la Europa; y ese mismo principio de amor propio le obligaba á confirmar el mérito de Maiquez, segun la pintura que de él le habian hecho sus mismos paisanos \*. Así es

<sup>\*</sup> En comprobacion de esto mismo, y á falta de las cartas del trágico francés, servirá el siguiente párrafo de una que el hermano de Maiquez (D. Juan) escribió en 1827 al autor de estos apuntes, con objeto de suministrarle noticias acerca de la vida de aquel. "Siento mucho que se hayan extraviado dos »cartas de Talma, en que, hablando con exageracion del ménito de mi hermano, le persuadía dejase estos lugares, y pasa-

que en el año 1818, hallándose Talma una tarde en el café del teatro de Tolosa, reunido con varias personas, entre ellas un español digno de crédito que nos ha referido este pasaje, comenzaron á hablar acerca de las tragedias de Otelo y Oscar que aquel estaba ensayando para ejecutarlas en la misma ciudad, y haciendo Talma la calificación de varios actores, dijo entre otras cosas: Maiquez ha aprendido de mí, pero indudablemente me supera en estas dos tragedias.

De todos modos será siempre un título de gloria para Talma haber servido, con la superioridad de su mérito, para poner en movimiento las facultades naturales de Isidoro, quien ingénuamente confesaba deber á aquel hombre extraordinario el rápido vuelo que habia tomado su imaginacion, con solo verle en la escena.

Permaneció Maiquez en París el resto del año 1799 y todo el de 1800, constantemente ocupado en su plan favorito, del que nada podia distraerle, halagado siempre con la lisonjera esperanza de recoger en su patria el fruto de su atrevimiento y de sus penosos afanes.

En el mismo año regresó á Madrid con la mayor premura; y zanjados que fueron en pocos dias algunos negocios que reclamaban su presencia,

<sup>»</sup>se á gozar en una casa de campo los bienes con que su na-»cion le habia premiado, haciéndole feliz con acabar los dias »en su compañía."

volvió á París á donde le llamaba el objeto primario de sus constantes desvelos. Continuó, pues, bajo su anterior sistema de observacion, sin perder nunca de vista á Talma y Clauzel, á fin de formar su caudal de ideas para ejecutar bajo las máximas del buen gusto, á la manera que un pintor observa las obras maestras de la antigüedad con el fin de no separarse del sendero de la exactitud y de la belleza. Pudo haberlos estudiado mas, segun él mismo decia muchas veces, sin duda porque halló en ellos mayor número de bellezas que en la generalidad de esta clase de artistas; pero su posicion no era la mas ventajosa para dedicarse por mucho tiempo al estudio. Habiendo cesado al tercer ó cuarto mes la asignacion concedida por Godoy, y mas tarde los auxilios que le dispensaba la generosidad de la señora Condesa Duquesa de Benavente, quedó atenido á un escaso socorro que alguna vez le enviaba su esposa \*, al corto remanente que le quedaba del dinero tomado en Madrid, y al poco metálico que le dieron por sus libros: y como al mismo tiempo su amor propio le excitase à disfrutar cuanto antes de los aplausos lisonjeros que le reservaba la corte, y que tanto halagaban su ambicion, resolvió regresar á su patria á principios de 1801, como en efecto lo verificó.

<sup>\*</sup> La Antonia Prado, actriz de mérito, y de regular hermosura.

## IV.

Representábase en la férvida fantasía de Isidoro el nuevo campo abierto á su ambicion de gloria; campo espacioso ensanchado por sus propias manos, y en el que se prometia alcanzar numerosos triunfos á favor del nuevo espíritu que le alentaba, y de las nuevas fuerzas que habia adquirido con el estudio y la observacion. Estas ideas lisonjeras le hacian tolerable la penosa situacion en que se encontraba.

Llegó á Madrid reducido á la mayor miseria, pues, como él referia muchas veces, los cabellos se le salian por las roturas del sombrero. Púsose á la cabeza de una compañía cómica, compuesta en su mayor parte de jóvenes principiantes, ó de meros aficionados; y con la confianza que su mérito le inspiraba abrió el teatro de los Caños del Peral, dando principio á sus representaciones en junio del mismo año (6).

La comedia de El Celoso confundido, con que Maiquez se estrenó, fué muy bien ejecutada y extraordinariamente aplaudida; y no lo fueron menos La Real Jura de Artajerjes, El Severo Dictador, y Radamisto y Zenobia. El lujo en decoraciones, trages y comparsas; y sobre todo el órden y decoro en la ejecucion, produjeron una sensacion profunda, tanto mas sorprendente, cuanto menos acos-

tumbrado se hallaba el público á ver nobleza y dignidad en la escena. El nombre de Isidoro resonaba con aplauso: todos los inteligentes hacian justicia á su mérito: todos vieron confirmado el presagio feliz que habian tenido cuando supieron su atrevida resolucion de ausentarse de su patria impulsado por el deseo de aprender: y sin rivales que le inquietasen; objeto de admiracion pública; apreciado de todas las clases; favorecido hasta del bello sexo, y bajo la egida del que en aquel tiempo fué árbitro de los destinos de nuestra patria, Maiquez se halló colocado en aquella risueña situacion tan lisonjera para la ambicion humana, cuando las satisfacciones se anticipan á los deseos, y la felicidad real sobrepuja á la esperanza.

Pero este mismo estado de preponderancia, debido á su mérito, era precisamente lo que con mas fuerza despertaba la envidia de sus émulos. Estos, á pesar de la incomparable habilidad y maestría de Isidoro, no cesaban de rebajar por todos los medios posibles la grande opinion que habia sabido labrarse desde su vuelta de Francia, á fuerza de ofrecer á los espectadores bellezas artísticas desconocidas en nuestro teatro. Al principio le sindicaban de un simple copiante de Talma, porque precisamente ejecutó las funciones favoritas de este insigne actor. Pero cuando le vieron ejecutar cien piezas diferentes con igual maestría, y sin poderle acusar en ellas de copiante servil.

variaron de lenguaje diciendo que al fin todo lo ejecutaba segun la escuela de Talma: asercion muy absurda en sí misma atendido el carácter peculiar y diametralmente opuesto de ambas escuelas, y que no obstante ha tenido muchos prosélitos, á pesar de las repetidas pruebas con que Isidoro demostró haber sido su maestro principal la naturaleza, de quien tomó siempre las ideas de lo grande y de lo bello. No pudiendo por este camino vulnerar su reputacion, ni desconocer sus detractores la maestría sin igual con que trabajaba en el género trágico, al cual se dedicó especialmente desde su regreso de Francia, se cebó la envidia en divulgar, con aire de confianza y satisfaccion, que si Maiquez en la tragedia era excelente, no así en la comedia; y que convencido él mismo de su nulidad para semejante género, se abstenia de entregarse á él temeroso de desacreditarse. No se pudo concebir una inculpacion ni mas aventurada, por lo fácil que era destruirla, ni mas á propósito para manifestarnos el eminente actor que poseíamos. Maiguez, cuyo amor propio era tan colosal como su mérito, no pudiendo permanecer mucho tiempo indiferente á detracciones tan gratuitas como injustas, creyó llegado el momento de confundir á la ignorancia, y de una vez adornar su frente con los nuevos laureles que la fama le ofrecia.

Inflamado por este pensamiento, viósele instantáneamente invadir todos los géneros de la poesía

dramática, así antigua como moderna, nacional como extranjera, sin que en ninguno dejase de ser siempre el mismo, siempre superior á las dificultades, siempre en sin inimitable. García del Castañar, Fenelon, el Vano Humillado, Otelo, Orestes, el Pastelero de Madrigal, la Casa en Venta, el mejor Alcalde el Rey, la Zaira, el Rico hombre de Alcalá, el Distraido, el Diablo Predicador, Pelayo, el Convidado de Piedra, Numancia destruida, y hasta la opereta del Califa de Baqdad, hallaron en Isidoro un actor digno de desentrañar profundamente las pasiones, los caractéres y situaciones dramáticas, dando á muchas de estas composiciones una celebridad no merecida; y la escena vió brillar en su centro un artista que nunca tuvo rivales. La facilidad extraordinaria de este actor eminente para plegarse á pasiones y caractéres los mas opuestos entre sí, no podia dejar la menor duda del vastísimo estudio que habia hecho del corazon humano, y deshacer la idea equivocada de ser un simple copiante del modelo de la escuela francesa. Los mismos franceses que por los años 10 y 11 le vieron en una ocasion pintar con la mayor vehemencia los furores de Cain, y al dia siguiente revestirse de la piedad y mansedumbre del Arzobispo de Cambray, confesaron unanimemente que su célebre Talma no cra capaz de sostener un tránsito tan asombroso entre caractéres tan opuestos. En efecto, si

he de dar crédito á la general opinion de los inteligentes, el trágico frances tenia su principal mérito mas bien en el género terrible que en el patético, y mas en el trágico que en el cómico \*. Maiquez abrazaba todos los extremos. Si era sublime en Oscar, Otelo y Cain, no lo era menos en El Delincuente Honrado: si sabia revestirse de la magestad imponente del Rey D. Sebastian, le era igualmente familiar la truhanería de Gabriel el Pastelero: no puede exigirse mas de un buen imitador del hombre (7).

Seria empresa superior á nuestras fuerzas seguir la série de aplausos y triunfos alcanzados por el mérito eminente de Isidoro, cuyo solo nombre llevaba al teatro todo el pueblo por despreciable que fuese la funcion, á trueque de disfrutar del inmenso placer de ver retratadas las pasiones con el atrevido pincel de aquel artista inimitable.

Así continuó, á pesar de la envidia, cubriéndose de nuevos títulos de gloria, hasta el año 1805 en que un acontecimiento de bien pequeña importan—

<sup>\*</sup> Por espacio de muchos años se abstuvo Talma de dedicarse al género cómico, acaso temeroso de que este fuese un escollo para su reputacion; de igual manera que nuestra Rita Luna
no se atrevió á invadir el género trágico por un motivo semejante. Talma, sin embargo, en sus últimos tiempos, y cuando
ya sus facultades físicas habian perdido el vigor antiguo, desempeñó varias comedias con el acierto que era de esperar; mas
sin que por ello haya desmentido el juicio que se tenia formado
de no ser igual su mérito en ambos géneros.

cia en sí mismo, le puso en situacion de experimentar los sinsabores á que está expuesto el mérito, cuando los mismos que debieran respetarle no tienen suficiente ingenuidad y franqueza para confesarse inferiores á él. Suscitáronse con efecto algunas intrigas de bastidores que irritaron el genio poco sufrido de Maiquez, promovidas principalmente por un actor llamado Cristiani. Isidoro concibió el pensamiento de no escriturarle en la compañía á fin de alejar de su lado aquel perpétuo motivo de desavenencias. Pero Cristiani, valiéndose del favor que le dispensaba el Príncipe de la Paz, consiguió permanecer en la compañía. Ofendido Maiquez en lo mas vivo de su orgullo, resolvió dejar el teatro y la capital bajo el pretexto de no poderse sostener aquel por falta de entradas, como así era verdad, porque de intento le descuidó enteramente; pero lo hizo, en realidad, con el objeto de vengarse del desaire recibido como primer actor y director, y para patentizar á sus compañeros que sin su apoyo jamas deberian prometerse la benigna acogida que el público les dispensaba.

Marchó, pues, en el mismo año á Zaragoza, en donde recibió testimonios nada equívocos del ventajoso concepto con que resonaba su nombre en todos los ángulos de la Península. Su ausencia (convertida en destierro por órden de Godoy, quien juzgó ofendida su autoridad por la determinacion de Isidoro, supuesto habia mediado en las

querellas con sus compañeros ) influyó sobremanera en la suerte de los teatros de la capital, que bien pronto empezaron á resentirse de la falta del único atlante que podia sostenerlos sobre sus hombros. Por otra parte los habitantes de Madrid, acostumbrados á ver aquel inimitable modelo del arte escénico, no podian ya soportar ningun espectáculo cómico, faltando el hombre que con sola su presencia entusiasmaba á los espectadores: así, pues, murmuraban altamente contra los causantes de la ausencia de Maiquez, clamando sin cesar porque esta no se prolongase. El voto general prevaleció, y el teatro recobró su mejor adorno.

Efectivamente, en 1806 obtuvo permiso Isidoro para regresar á Madrid con motivo de hallarse
su padre gravemente enfermo; y apenas llegó consiguió tambien el de representar en el teatro del
Príncipe, recientemente reedificado, y en el que
era autor Francisco Ramos (8). Inútil seria detenernos en pintar el júbilo con que fué recibido en
la escena. Fíjese la atencion en la marcha progresiva de las opiniones de los pueblos cuando recaen
sobre personas de mérito reconocido, á las cuales
se las supone juguete del poder ó de la envidia, y se
podrá formar idea exacta de los extraordinarios
aplausos prodigados entonces al héroe de la escena
española.

Llegó el año 1808, y con él la ocupacion de la capital por las tropas francesas. El carácter espar-

tano de Maiquez no podia doblegarse fácilmente al yugo de la dominacion extranjera, contra la cual se declaró abiertamente; motivo que le obligó á huir con la mayor precipitacion á Granada, desde donde se trasladó á Málaga (9). Su emigracion duró poco tiempo: volvió á Madrid en 1809 á ocupar el puesto que le correspondia; y aunque por su profesion nada hubiese de temer bajo la dinastía intrusa, lo intolerable que se le hacia la dominacion francesa acaloraba su imaginacion poco precavida, y respirando constantemente el descontento que abrigaba en su pecho, dió motivo á ser delatado al Gobierno como enemigo del nuevo órden de cosas que se queria establecer en España. La consecuencia de esta acusacion fué decretar su traslacion á Francia en calidad de reo de Estado; pero sus amigos lograron no tuviese efecto una sentencia tan arbitraria, de la cual hubieran resultado á nuestros teatros los mayores perjuicios; así es que apenas llegó Isidoro á Bayona, se revocó el decreto, permitiéndole volver á Madrid y al pacífico ejercicio de su profesion.

No tardaron mucho los franceses en reconocer el mérito de Maiquez, y en tributarle constantemente los elogios menos equívocos. Y debemos añadir, en obsequio de la verdad, que ellos sostuvieron el teatro en aquellos años de miseria y desolacion que tan espantosamente afligieron á todos los habitantes de Madrid. José Bonaparte, ya

fuese por generosidad, ó porque la política exigia no decayese un espectáculo que es considerado en las naciones civilizadas como el regulador de la prosperidad nacional, asignó al teatro del Príncipe, adonde concurria frecuentemente, la cantidad de 20000 rs. mensuales como ayuda de costa; y aunque este fuese el verdadero objeto de semejante concesion, no se puede desconocer que tuvo mucha parte en aquella gracia el relevante mérito del director y primer galan del teatro; no siendo esta la única prueba de aprecio que le dió José Bonaparte durante su permanencia en Madrid.

Como el pueblo casi siempre juzga á los hombres con demasiada ligereza, dejándose llevar de falsas apariencias, calificó de adicto al sistema político del conquistador de Europa al que pocos años antes fué perseguido por patriota; formando un cuerpo de delito de las distinciones que su mérito, y no su persona, habia merecido de los invasores. A consecuencia de tan injusta prevencion, cuando las tropas enemigas evacuaron la capital, el público se retiró del teatro del Príncipe, y no volvió á él hasta que el tiempo y los esfuerzos reiterados de la compañía para atraer la concurrencia, consiguieron debilitar su animosidad y su injusticia. Podemos señalar esta época como el principio de las desgracias que en medio de gloriosos triunfos persiguieron á Maiquez hasta el sepulcro.

Anulado en mayo de 1814 el sistema político

que habia regido en España durante la guerra de la independencia, Maiquez fué acusado de adicto á las nuevas instituciones, y puesto en la cárcel pública. Su delito, comun tambien á sus compañeros, consistió solamente en la representacion de algunos dramas que respiraban ideas de libertad. Sin embargo, toda la gravedad de la culpa recaía con especialidad sobre el actor eminente que con sin igual energía y un entusiasmo fogoso difícil de expresar, á no tener una alma tan sulfúrica como la suya, acertó á reproducir en la escena la vehemencia romana en las tragedias de Roma libre, Cayo Graco, y Virginia: ni era posible pudieran perdonarle los terribles acentos de libertad que salian de sus labios para inflamar súbitamente á todos los espectadores.

Mas, prescindiendo del efecto que su animada ejecucion produjese en el público, debió tenerse en consideracion que Maiquez, como actor, no podia excusar el compromiso á que le obligaba entonces la opinion dominante, sin exponerse á riesgos notorios; pero estas razones no fueron bastante poderosas para salvarle. A pesar de todo, los buenos oficios de la amistad, apoyados en la sana opinion de los juiciosos é imparciales, consiguieron conjurar la tempestad que le amenazaba, y trasladarle desde el calabozo á la escena; siendo menester toda la recomendacion de su nombre para debilitar en los ánimos la idea preventiva con

que los espectadores asistieron á sus primeras representaciones.

Resfriada con el trascurso del tiempo la animosidad de aquellos partidos, continuó Maiquez sembrando merecimientos, y recogiendo aplausos hasta el año 1817, en que, habiéndose indispuesto nuevamente con sus compañeros, abandonó el teatro y se fué á Córdoba, en donde permaneció algunos meses en compañía del Marques de Vega Armijo, á quien debia un aprecio particular (10). En 1818 dejó la ciudad de Córdoba con intento de volver al teatro, y llevar á cabo al mismo tiempo un proyecto, con el cual creyó sin duda vengarse de las compañías, de quienes estaba muy resentido; ó tal vez juzgó de buena fé asegurar por su medio la paz interior de los teatros, en que tantas pugnas suele haber por razon de intereses y preferencias. Con este objeto presentó al corregidor de Madrid un nuevo reglamento de teatros, que aprobado por S. M., y puesto en ejecucion, atrajo sobre su cabeza el cúmulo de desgracias que le condujeron al sepulcro. Por un auto muy sensato del Supremo Consejo de Castilla, conservaban las compañías cómicas de Madrid una absoluta independencia en su administracion interior y manejo de intereses, en perfecta armonía con la naturaleza particular de esta clase de establecimientos. La autoridad municipal influía únicamente en la formacion de aquellas, y en la policía exterior de las representaciones, como lo

exige el órden público. El autor y los actores, considerados como verdaderos accionistas, atendido el sistema de distribucion que se observaba en sus fondos, cuidaban de todo lo demas, así respecto del fomento de los intereses, como de los espectáculos: todo esto era consecuencia inmediata de la organizacion especial de las compañías. Pero segun el nuevo reglamento, venia á suceder lo contrario. El corregidor, como juez protector de los teatros, podia mezclarse en todo: los partidos, las jubilaciones, las viudedades, las disputas interiores, la distribucion de fondos, la intervencion en su manejo, y hasta la censura de comedias y repartimiento de papeles, debian ser de su atribucion. Maiquez creyó sin duda que de este modo sujetaria mas fácilmente á sus compañeros; pero no calculó que en asociaciones de compañía se ofrecen algunas cuestiones de tal naturaleza, que solamente los intereses comunes pueden arreglar sus diferencias, y que una intervencion extraña puede, con la mejor fé del mundo, causar perjuicios innumerables crevendo obrar en justicia.

Esta falta de prevision es acaso el único desacierto notable en que incurrió Maiquez durante el curso de su vida sobre materias relativas á su arte; error funesto de que debió arrepentirse muy pronto, pues sobre sí mismo recayeron, por desgracia, los efectos de un plan tan poco meditado. Si únicamente hubiese aspirado con él á consolidar mas y mas la disciplina interior del teatro, y á que la calificacion de las producciones dramáticas estuviese cometida á una junta de literatos juiciosos, en union con los directores de escena, hubiera hecho un servicio importantísimo á los espectáculos escénicos, á los progresos de la poesía dramática, y al honor y decoro que merecen sus autores, tantas veces ajados por la presuncion ó ignorancia de los directores de las compañías cómicas, quienes, á no tener la instruccion competente, jamas debieran juzgar de otra cosa que del efecto teatral de las composiciones \*.

No obstante el extraordinario mérito de Maiquez, y sin embargo de los inmensos gastos que le ocasionaban sus frecuentes representaciones trágicas, en las que vestia siempre con mucho lujo, no consiguió jamas que su partido excediese de 60 reales, á excepcion de los años 811 y 12 en que disfrutó el de 70. Y mientras que Talma recorria las capitales de Francia exigiendo cinco francos por persona, y regresaba á París cargado de riquezas, Maiquez yacia casi en la miseria, absteniéndose mu-

<sup>\*</sup> No es España el único pais en que ha dominado semejante abuso. ¿ Quién creeria que los inmortales Corneille y Racine tuvieron que mendigar el favor de los actores de su tiempo,
y sufrir pacientemente sus repulsas? Sin embargo, debo decir en
honor de la verdad, que posteriormente se ha establecido en el
teatro del Principe una junta de lectura para juzgar las piezas
nuevas que se presentan: pensamiento que el autor de este
escrito había concebido muchos años ha.

chas veces de ejecutar algunas funciones por no tener dinero para costear el traje correspondiente. Así por esta causa, como por mejorar el deplorable estado de sus intereses, y poder pagar algunas deudas contraidas en el año 17, se vió obligado á trabajar por su cuenta todo el mes de julio del 18; y el público de Madrid debió á tan inesperado incidente el ver representadas en pocos dias las obras favoritas con que le habia tenido admirado por espacio de muchos años. Pero este esfuerzo extraordinario, que se puede llamar su despedida del teatro, en la estacion menos á propósito para trabajar en el género trágico, acabó de arruinar su quebrantada salud, y precipitó los efectos de la extraña enfermedad que le consumia oculta y lentamente. Mucho tiempo habia que Maiquez se quejaba de un ruido sordo é incómodo en el pecho, atribuido unas veces á cansancio del pulmon, otras á exceso de bilis. Llamábale con sumo gracejo, mi gato; y como era naturalmente aprensivo, ninguno llegó á persuadirse que su vida se hallase en tanto peligro como el que desgraciadamente acreditó despues la experiencia.

A pesar del notable deterioro de su salud, Maiquez continuó trabajando algunos meses por consideracion à sus compañeros, con quienes se habia reconciliado sinceramente; y en el mes de setiembre del mismo año recibió la prueba mas lisonjera del extraordinario aprecio que le dispensaba el pú-

blico madrideño. En uno de los dias de Pascua representó à García del Castañar, papel en que siempre habia recibido aplausos sin número. Apenas se presentó en la escena soltaron desde la tertulia dos palomas, llevando pendientes del cuello unas tarjetas en alabanza de Isidoro; obsequio que ya habia recibido anteriormente en los Caños del Peral despues de su regreso de Francia \*. Si bien pudo lisonjearle este inusitado triunfo, no desconoció tampoco á cuantos riesgos le exponia en medio de una corte suspicaz, que con recelo y aun envidia contemplaba los muchos laureles con que el pueblo entusiasmado adornaba su cabeza. Bien lo dió á conocer en esta ocasion esa misma corte, mandando instruir expediente en averiguacion de los causantes de tan extraordinario obseguio; pero afortunadamente le hallaron todos tan justamente merecido, que la noble reserva de cuantos conocian á las personas causantes de aquel hecho, reputado casi como criminal, pu-

<sup>\*</sup> En tiempo de Maiquez ese género de ovaciones era desconocido, asi para los actores como para los poetas dramáticos.
En el nuestro vemos coronar frecuentemente en la escena á medianos actores, y pedir se presenten en ella para recibir aplausos hasta los traductores de dramas franceses. El triunfo de
Maiquez fué por lo tanto mas completo; porque solo por él y
para él se dió un paso que en aquella época podia calificarse de
escandaloso. Y ese escándalo debia parecer tanto mayor, cuanto
que los aplausos concedidos al actor eminente, despertaban celos en personas de elevada gerarquía. Estos aplausos labraron
su ruina.

so á cubierto de las tropelías de un poder irascible á una familia agradecida á Isidoro y admiradora de su mérito. Maiquez concibió instantáneamente todas las consecuencias de aquel hecho; y así fué que al entrar dentro de bastidores dejó sumamente consternados á sus compañeros exclamando: amigos mios, me han perdido. Vaticinio confirmado despues por una triste experiencia.

## $\mathbf{V}.$

La salud de Isidoro decaía visiblemente, y las incesantes tareas escénicas acabaron de arruinarla. Sin embargo, su buen ánimo y la aparente robustez de su persona, le alucinaban hasta el punto de no conocer él mismo el inminente riesgo que corria. Hácia los meses de octubre ó noviembre del mismo año pidió el Rey la tragedia de Pelayo, con baile en los entreactos. Conociendo Maiquez que toda clase de intermedios es perjudicial al efecto trágico, y sobre todo el baile, que por su índole particular no guarda la menor relacion con la tragedia, se presentó al corregidor, y en seguida al ministro de Gracia y Justicia, á fin de conseguir que S. M. variase de idea, ofreciendo ejecutar, en caso contrario, en vez de bailes, comedias en un acto. Accedió S. M. la vispera de la funcion á que en lugar de bailes se hiciesen comedias; y

entonces Maiquez dispuso para primer intermedio El Español y la Francesa: para segundo La Prueba feliz; y para tercero El Cuadro. En todas estas piezas trabajó él; y puede asegurarse que la fatiga de aquella noche, sobre el excesivo trabajo durante lo riguroso del verano, rindió su naturaleza, apoderándose de ella una debilidad y abatimiento extraordinarios.

Con tan desventajosa disposicion física se empeñó en ejecutar la Numancia. En vano intentaron disuadirle sus amigos, haciéndole las mas fuertes reflexiones sobre los esfuerzos violentos que exige la declamacion trágica, peligrosísimos en el estado decadente de su salud: todo fué inútil: llevó á cabo su idea, y el teatro le perdió para siempre.

Verificóse la representacion de aquella tragedia en las noches 24 y 25 de noviembre de 1818; y en la última se declaró la penosa enfermedad que desde luego calificaron de mortal los facultativos, realizándose entonces los anteriores presentimientos de Isidoro. Agotáronse en alivio suyo todos los recursos de la medicina: asistido con el mayor celo por los facultativos de mas crédito; constantemente rodeado de su familia, compañeros y amigos, que temian á cada instante perderle para siempre, pudo sobrellevar con ánimo tranquilo las penalidades de su enfermedad: por último, se creyó asegurada la victoria juzgándole fuera de peligro. Él mismo se lisonjeaba con esta idea,

complaciéndose en anunciar á sus amigos que muy pronto pondria en escena El Jugador, como obsequio debido á la amistad que le dispensaba su autor, y la tragedia titulada Macbet; la que en su juicio debia producir un efecto superior al de las demas ejecutadas por él anteriormente. El público esperaba con ansia verle de nuevo en el teatro para indemnizarle de sus padecimientos, cuando una de las consecuencias de su malhadado reglamento de teatros vino á consumar el sacrificio de su vida.

La dependencia absoluta en que Maiquez se ha llaba respecto de la autoridad inmediata de los teatros, cual era entonces la del juez protector, debió haberle hecho mas prudente y menos obstinado de carácter, y obligádole á suscribir á la imperiosa ley de la necesidad. Pero lejos de hacerlo así, él mismo se ofreció á ser la primera víctima de su propia obra. Ya de antemano se hallaba indispuesto con aquella autoridad por haberse negado tenazmente á representar una comedia nueva, escrita por un amigo del juez protector. Ocultas han permanecido las causas que le impulsaron á tan obstinada negativa; porque si bien dijo repetidas veces que aquella composicion le parecia mala, no se concibe fácilmente que este fuese el verdadero motivo de su repugnancia, puesto que ejecutaba con frecuencia otras mucho peores, las cuales recibian en sus labios un calor y vida que de igual modo pudo haber comunicado á la comedia que se le ofrecia, si su ánimo hubiese estado predispuesto á satisfacer los deseos de su inmediato gefe. Sea de esto lo que fuere, no cabe duda en que la prevencion de ánimo del juez protector dió márgen á que se pusieran en juego, y fuesen acogidas favorablemente, nuevas intrigas de bastidores dirigidas por los actores Prieto, Avecilla y Cristiani; pero con especialidad por el primero, que olvidándose de que debia á Maiquez su venida á Madrid, y la importancia que llegó á tener en la escena, era quien mas acaloradamente le hacia guerra cruda y de mala ley. Su punto de ataque se reducia á pedir que aquel desempeñase la parte que como á primer actor le correspondia, porque de lo contrario pesando esta sobre su persona, hacia sumamente ímprobo su trabajo. Maiquez por su parte alegaba constantemente la gravedad de sus padecimientos físicos como causa legítima para excusar su salida á la escena; y aunque estos eran por desgracia demasiado ciertos, fueron calificados de especiosos pretextos dictados por su malicia, y aun se llegó á juzgar como sospechosa la conducta de Isidoro. Reiteráronse las órdenes de la autoridad, conminándole si no se presentaba en la escena; y aunque pudo haber dado pública satisfaccion de cuán justos eran los motivos que le obligaban á la negativa con solo haber salido una noche al teatro, se obstinó absolutamente en no hacerlo, apoyándose en las mismas razones que alegaba siempre. Este rasgo de tenacidad acreditó el hecho aparente de desobediencia á la autoridad inmediata: el corregidor Arjona le hizo arrestar; dió cuenta de todo al ministro de Gracia y Justicia Lozano de Torres; y elevado á conocimiento de S. M., sin mas trámites ni formalidades, se decretó la jubilacion de Maiquez y su destierro á Ciudad-Real.

El dia 18 de junio de 1819 le comunicaron la Real orden, y en el mismo dia por la tarde fueron las dos compañías cómicas á entregar al Rey una representacion en nombre de Isidoro Maiquez. En ella hacia presente no haber sido su ánimo, como se decia, desobedecer las órdenes de la autoridad, á quien tan solo habia expuesto la imposibilidad física en que se hallaba de poderlas cumplir; y para mayor prueba de lo dispuesto que se encontraba siempre á sacrificar hasta su propia vida, á trueque de alejar la nota de desobediente con que le sindicaban, pedia se le concediesen siete ú ocho dias de término para ensayar las funciones que habia de ejecutar, no obstante el estado peligroso de su salud. Pero esta reclamacion llegó tarde; ni ya era posible desvanecer con ella la sospecha á que habia dado lugar con su obstinada resistencia á las órdenes superiores.

En vano la amistad y el favor pretendieron interponerse entre el poder y la víctima; nada bastó á contener los efectos de una sentencia sin apelacion. Ejecutóse en todas sus partes; y con una escolta de caballería y en un carruaje, que se le hizo pagar, ajustándole anticipadamente en nombre suyo, salió Maiquez para su destierro en la madrugada del siguiente dia, acompañado de los votos afectuosos de sus amigos, de sus compañeros, y de la parte sana del pueblo, que veía en este incidente el último suspiro de la prosperidad de nuestro teatro.

Llegado al punto de su destierro experimentó Isidoro alguna mejoría; pero bien pronto recayó peligrosamente, y se cercioró de que el clima de Ciudad-Real no convenia á su salud. Apoyado por los facultativos, solicitó y obtuvo permiso de S. M., en 30 de agosto de 1819, para dedicarse á su profesion en Andalucía; pero privándole de pasar mas allá de Sevilla. Efectivamente, en 25 de setiembre del mismo año salió de aquella ciudad acompañado de su hija, muy niña á la sazon, y de un criado; y llegó el dia 29 de noviembre á la de Granada, cuya temperatura y hermoso cielo le eran bien conocidos. Es de advertir que en medio de tantas penalidades, no era la menor su grande escasez de dinero, pues se vió precisado á vender en Andujar varios cubiertos de plata para poder continuar su marcha hasta Granada.

Llegó, pues, á esta ciudad enfermo y poseido de una extremada hipocondría, en términos de negarse á todo trato y comunicacion, y ocultando á la confianza de sus mas íntimos amigos la causa secreta que la motivaba, y que por mi parte me abstengo tambien de revelar, por respetos á la noble reserva de Isidoro, y al nombre de las personas que fueron objeto de ella.

No obstante el abatimiento de su espíritu, la primera diligencia que practicó apenas llegó á Granada, fué indagar los medios de incluir á su hija en el colegio de niñas nobles establecido en aquella ciudad. Semejante resolucion, fruto del funesto presentimiento de su próximo fin, hubiera sido llevada á efecto, á no haberse interpuesto una persona que se propuso dar à Maiquez una prueba insigne de la amistad sin límites que le profesaba. Aquel estudiante de la universidad de Granada que en el año de 1794 contrajo relaciones amistosas con Isidoro, las cuales habian quedado interrumpidas desde el de 1809, en que con motivo de la emigracion se trasladó este á dicha ciudad, se hallaba á la sazon establecido en ella desempeñando el cargo de notario eclesiástico. D. Antonio Gonzalez, que es la persona de quien se trata, concibió el designio de llevarse à su casa la hija de su amigo, para que, en union con cinco niños menores que tenia, y al lado de su esposa, pudiera recibir la esmerada educacion y las virtudes de que esta señora se hallaba adornada. Maiquez consintió en ello, no sin bastante resistencia, pero su alma quedó tranquila respecto de un punto que tanto

habia contribuido á acibarar su sensible corazon.

A pesar del mal estado de su salud, ya sea que su espíritu le engañase, ó acaso ( y es lo mas cierto) le forzase á ello la necesidad, distribuyó los papeles para representar las tragedias de Nino II y Orestes. Es de advertir que, no obstante el atraso de sus intereses, habia resuelto destinar el producto de la segunda á cierta casa de educación, y el de la primera á beneficio de los niños expósitos.

En medio de su estado de pobreza tuvo el consuelo de que nada le faltase de cuanto pudiera contribuir á su alivio; puesto que para excitar su apetito se le facilitaba una mesa llena de manjares que saciasen su vista, ya que no era posible hacerle tomar alimento. Pero aun en ese estado se descubria la altiva arrogancia de su carácter propenso á la grandeza, pues no consentia que el plato mas delicado que se retirase intacto de la mesa, se le volviese á presentar nuevamente en ella. Tan excesivo gasto apenas podia cubrirse con los socorros que le suministraba su amigo D. Vicente de Ahita, ya anticipándole lo que devengaba como actor jubilado, ya remitiéndole el importe de la venta ó empeño de varias alhajas pertenecientes á Maiquez que aquel conservaba en su poder. A todos los desfalcos salia, sin embargo, la actividad y diligencia de Gonzalez. Este á fuerza de perseverancia logró que D. Francisco Jover, del comercio de aquella ciudad, le sacase de los mayores apuros,

pues no solo cubrió gran parte de los gastos que van referidos, sino que satisfizo los del carruaje en que Maiquez llegó á Granada, pagó los alquileres de la casa que habitaba, y suplió los gastos de entierro, funeral, etc. Este rasgo de filantropía hace el mejor elogio del señor Jover. Otro vecino de Granada, llamado D. Andres Seré, tuvo la generosidad de desprenderse de la suma de dos mil reales para socorrer á Maiquez en sus últimos momentos; suma que le fué luego resarcida con el trage que aquel usaba en la tragedia de Otelo \*.

Al mismo tiempo varias personas le ofrecian sumas cuantiosas á préstamo por el trabajo de un año, parte en empresa; pero hizo desistir á todos de esta especulacion, porque desde el principio se decidió á sostener en ella con las entradas á D. Francisco Jover, el cual se habia arruinado en los años anteriores con la misma negociacion, y á quien ademas debia el especial favor que acabo de referir. Mas así este como el anterior proyecto de su

<sup>\*</sup> D. Andres Seré, jóven frances, criado en España, director de la casa de comercio conocida con el nombre de Lati. Solo conocia á Maiquez de fama; pero solicitado por Gonzalez y movido de su compasivo corazon, facilitó aquella suma precisamente el mismo dia en que necesitaba echar mano de todo el metálico existente en arcas, para pagar una letra muy considerable. Al entregar dicha cantidad á Gonzalez le dijo: "Tome usted; aunque me haga falta, nada importa: primero es socorrer á ese desgraciado"

generosidad, que sin duda manifiestan un corazon sumamente benéfico, se hicieron ilusorios. Apoltronado en su rincon, dominado de un mal interior desconocido, pero harto eficaz para producir suspensiones tan largas en la respiracion, que parecia imposible pudiese vivir tanto tiempo sin ella, y mantenido ademas con agua sola, adquirió tan excesiva pesadez que no le permitia moverse. Tomó un coche para pasear; pero como experimentase mucha fatiga al subir ó bajar la escalera, y por otra parte una perpétua melancolía le tuviese entregado al mayor abatimiento, apenas le ocupó dos ó tres dias en el espacio de un mes. De aquí resultó hinchársele los pies, moverse únicamente para ir de la cama á la mesa, y faltar accion en su estómago para las digestiones.

El incremento que tomaba la hinchazon alarmó á cuantos le rodeaban, quienes vieron muy pronto realizados sus temores un dia en que Isidoro perdió el habla y la vista, sin que apenas se le notase la respiracion. Acudieron inmediatamente con los socorros de la medicina, y volvió en sí; pero advertido del riesgo en que se habia hallado, pidió le suministrasen los auxilios espirituales, haciendo préviamente su disposicion testamentaria, por la cual instituía heredera universal á su hija. ¡Heredera!.... ¿Y de qué?.... Nada le quedaba ya, sino la tierra para recibir su cadáver.

Vuelto de aquel mortal parasismo, su incesante

anhelo era el ver á su hija, alejada cautelosamente de su presencia, á fin de evitarle dolorosas sensaciones. Mas la señora á cuyo cuidado se hallaba encomendada aquella, sensible á los ruegos del padre, se la presentó. No es fácil describir la escena muda, y en gran manera patética, que tuvo lugar entre el padre y la hija, ni el doloroso recuerdo que de ella conservaban los que la presenciaron. Maiquez asió tiernamente á su hija, la puso de pie sobre su cama frente á frente, y con mirada incierta y vaga la examinó por largo rato de pies á cabeza, sin pronunciar una sola palabra. En seguida desasiendo la mano derecha, con ella bendijo á la niña por tres veces; clavó sus ojos en ella; se le bañaron en lágrimas; apartaron de su lado á la desventurada criatura llena de congojosa angustia, y él se tendió vuelto de espaldas á los circunstantes, sin haber desplegado sus labios.

A pocos momentos de tan funesta entrevista, el cerebro de Isidoro sufrió un trastorno completo. Abrasábale la fiebre; y loco furioso, é impulsado de la ardiente sed que le devoraba, se arrojó precipitadamente del lecho, aprovechando la ocasion de hallarse solo; y asiendo dos grandes botellas de cristal que llenas de agua habia sobre una mesa, las derramó una tras otra sobre su pecho hasta apurarlas; y sin cesar de pedir agua, exclamaba: "Hermanos, dadme agua, que Dios á nadie la ha negado." A estas voces acudieron todos, volvié-

ronle á la cama con sumo trabajo, y persuadidos de que en el estado de delirio en que le veían, la prudencia aconsejaba tomar todo género de precauciones, alejaron de su lado cuanto en su frenesí pudiera servirle de instrumento para siniestros fines. Ademas se instalaron á su lado dos hombres que le vigilasen noche y dia; sin contar su amigo D. Antonio, que no se apartaba de su lecho.

Al dia siguiente, sin haber dormido, porque el sueño le habia abandonado completamente, amaneció fingiéndose mudo; y con ademanes mímicos se esforzaba en significar á su amigo le trajese una espada que tenia dentro de un baul situado en otro aposento; y como Gonzalez figurase no comprenderle, señaló un clavo grande que habia sostenido un espejo en frente de su cama, indicándole se le proporcionase. Es evidente que el extravío de su imaginacion le inspiraba el pensamiento de suicidarse.

A poco tiempo dejó aquella ficcion, ó recobró en efecto el uso de la palabra para pedir nuevamente, y con mayor ansiedad, agua, agua; pero no por eso queria beberla, ni tampoco ningun otro líquido, y menos consentir que persona alguna lo probase, suponiéndolo envenenado. Al propio tiempo se incorporaba en la cama, y mirando á los circunstantes con rostro lívido y ojos desencajados, los hacia descubrir cuerpo y manos, juzgando que todos conspiraban contra su vida.

En la noche de aquel mismo dia llegó á su colmo el delirio de Isidoro, y el susto y espanto de cuantos le rodeaban. Valiéndose de un pretexto muy natural para burlar la vigilancia de los que cuidaban su persona, bajó de la cama envuelto en su capa, fué poco á poco ganando terreno, y saliendo de la alcoba con pretexto de llamar á su criado, ganó la habitacion inmediata antes que nadie pudiera impedirselo. Aquella habitacion tenia dos puertas; una que daba salida á los corredores y se habia cerrado con el fin de que no le dañase el excesivo frio que por ella entraba, y otra que conducia á una antecocina. Al llegar á esta, hizo salir delante, con la única luz que los alumbraba, á su sobrino y á su amigo Gonzalez, y él quedándose detras con su confesor que le ayudaba á sostenerse, echó el cerrojo á la puerta, quedando ambos solos y encerrados. Difícil será describir la escena trágica á que dió motivo este singular episodio de la enfermedad de nuestro Maiguez. Su confesor viéndose á oscuras y solo con un hombre en completo estado de demencia, trémulo y lleno de espanto procuraba por todos los medios posibles libertarse de sus manos; pero Maiquez le detenia con todas sus fuerzas, diciéndole que los de los corredores, armados de puñales, le aguardaban para asesinarle. En tan crítico momento, y temeroso Gonzalez de las funestas consecuencias que pudiera producir aquel inesperado incidente, dió la vuelta

5

con toda prontitud al corredor, y á viva fuerza violentó la puerta que conducia á la habitacion. Entonces Maiguez soltó á su confesor; arrojó al suelo la capa que le servia de único vestido; asió una tabla de cama que halló casualmente á su inmediacion, y diciendo que tenia en su mano la clava de Hércules, comenzó á descargar golpes desaforados sobre paredes y puertas, en términos de que nadie se atrevia á llegar á su persona. Todos le observaban desde lejos llenos de espanto, y temiendo se arrojase por la ventana de la habitación, en cuvo antepecho llegó á montarse; pero afortunadamente se limitó á gritar repetidas veces y con angustiosa voz: Vecinos, acudid pronto, á la vuelta, que estan asesinando á un eclesiástico. Entonces aprovechando el momento en que no le era fácil hacer uso de la clava de Hércules, acudieron sus amigos y otras varias personas atraidas por lo singular de aquel suceso, y Maiquez por un movimiento indeliberado, que carece de explicacion en semejantes crisis, soltó la tabla, y bañado en sudor frio se arrojó en brazos de un desconocido, ya agotadas sus fuerzas y en estado casi cadavérico. Lleváronle entre todos al lecho, en donde pasó el resto de la noche entregado á un profundo letargo, del cual se prometieron sus amigos conseguir algun alivio.

Así se verificó en efecto. Al siguiente dia amaneció tranquilo y en su estado natural, si bien divagaba en sus ideas; pero por momentos fué recobrando completamente su juicio, hasta el punto de recordar alguna de las escenas de la noche anterior. Interrogado acerca de ellas, contestó que su razon experimentó aquel trastorno por habérsele fijado la idea de que habian asesinado á su hija para arrebatarle su herencia; y que al propio tiempo trató de escaparse para ir á beber agua al Genil, acosado por la sed que le devoraba.

La mejoría aparente que se advertia en Maiquez no era otra cosa que el síntoma decisivo de la proximidad de la muerte. Sin embargo, todos, incluso el paciente, se equivocaron, durando su engaño hasta que sobrevinieron nuevos síntomas para desvanecer sus lisonjeras esperanzas. Contínuos y abundantes sudores, rápida hinchazon de todos sus miembros, y la asombrosa debilidad que lentamente le consumía, dieron bien pronto á conocer no hallarse muy lejano el término de aquel hombre extraordinario. En vano procuraba consolarle su inseparable amigo: Maiquez conocia bien su estado, y con ánimo resuelto renunciaba á una vida que no podia conservar. En momentos tan solemnes su alma se alimentaba de pensamientos nobles y piadosos, entregándose al propio tiempo á las dulces emociones de la ternura y de la amistad. Un dia estrechando entre sus escuálidas manos las de su amigo D. Antonio, le dijo enternecido: amigo mio, tarde he llegado á conocer la fina amistad

de usted: mucho le debo, y no puedo corresponderle cual quisiera..... Usted es mi único apoyo: perdóneme todas mis locuras y molestias, y procure usted disculparme con los que no me conocen.

A los siete dias siguientes al del acceso de locura, despues de haber recibido todos los consuelos de la religion, espiró tranquilo sentado en su lecho, y sin haberse alterado notablemente sus facciones. El facultativo que le asistió durante su enfermedad se habia propuesto escribir una memoria refiriendo los fenómenos singulares que observó en su curso; porque en concepto de aquel, la enfermedad de Isidoro ofrecia un conjunto extraordinario y filosófico, digno de llamar la atención de los inteligentes. Ignoro si lo habrá realizado.

Isidoro Maiquez falleció en la noche del dia 18 de marzo de 1820, á los 52 años de edad. Pobre y desvalido, debió á la amistad todo cuanto puede exigirse de ella; y á la piedad cristiana la humilde fosa que guarda sus cenizas \*. Y solo así podia recibir el último obsequio de que aun los mas infe-

<sup>\*</sup> Tal vez hubiera llegado á perderse hasta la memoria del sitio en donde fueron depositados los restos mortales de Maiquez, si el celo y laudable generosidad del distinguido actor D. Julian Romea no les hubiera dispuesto otro albergue mas decoroso y noble, volviendo de ese modo por el honor del arte, y por la memoria del hombre extraordinario á quien el teatro debió su engrandecimiento. El señor Romea se ha honrado á sí mismo honrando á Isidoro Maiquez.

lices no se ven privados en su tránsito á la eternidad; puesto que si entre su amigo D. Antonio y su propio criado no hubiesen reunido el dinero necesario para la mortaja, y no hubiera satisfecho Don Francisco Jover el importe de la caja mortuoria, su cadáver habria pasado por el indecoroso trance de ser conducido al cementerio como el del ser mas despreciable de la sociedad. Mas no fué este el único incidente que vino á patentizar la aciaga estrella que le perseguia aun despues de su muerte. Al siguiente dia fué trasladado el cadáver á la iglesia parroquial de San Matías, dispuestos sus amigos á costear las exequias que en aquella misma tarde debian celebrarse. Pero no siendo posible que estas tuviesen lugar entonces, á causa de reunirse en la iglesia una junta parroquial, hubieron de consentir en trasladar á la noche aquella funcion funebre, y que entre tanto permaneciese el cadáver en un aposento oscuro, atestado de muebles viejos, desde cuyo inmundo hospedaje fué conducido al campo santo. A los diez dias siguientes se dirigió D. Antonio á ese lugar sagrado, con objeto de cerciorarse del sitio en que su amigo reposaba: hizo levantar la tierra que lo cubria para reconocerle, y terraplenada de nuevo la sepultura, colocó en ella una cruz que le sirviese adelante de distintivo. El trascurso de los años destruyó esa humilde expresion de la amistad; de manera que hasta hace poco tiempo se dudaba

del verdadero lugar que contenia los restos mortales del primer actor trágico de España.

Las compañías cómicas de Madrid hicieron una funcion en obsequio de la buena memoria de su ilustre compañero; y no será encarecimiento añadir que una numerosa concurrencia acreditó en cuánto aprecio tenia el público al grande actor que acababa de perder para siempre (11).

Para dar completa idea de las cualidades físicas y morales que se reunian en la persona de Isidoro Maiguez, trasladaremos aquí el retrato que de él hizo el autor de un artículo necrológico que se publicó en el año 20, concebido en estos términos: "La estatura de Maiguez era alta » y bien proporcionada: su fisonomía expresiva, »ingeniosa, agradable: sus ojos vivos, penetran-» tes: su aire noble, á veces imponente y severo: » su trato afable: su carácter obstinado. Natural-» mente festivo; pero ya locuaz, ya mustio con ex-» ceso, se le veía dócil ó rencoroso, segun las im-» presiones que recibia, á las cuales se entregaba » con vehemencia. En la sociedad de los hombres » instruidos se explicaba con facilidad: expresaba » sus ideas sin empeño de sostenerlas; y unas veces » ameno, otras cáustico y mordad, pero siempre » anunciando genio y talento, Maiquez, tanto en la » escena como en su trato privado, fué un hombre » no vulgar, y digno de la atencion de sus contem-» poráneos."

## VI.

Despues de haber trazado el cuadro interesante de los merecimientos de este ilustre actor, así como sus dolorosos padecimientos, y el término desgraciado de su vida, en la confianza de que no podrán menos de interesar á cuantos aprecian el verdadero mérito donde quiera que se encuentre, réstame unicamente fijar con toda imparcialidad el grado de mérito que alcanzó en un arte sembrado de dificultades enormes, y en el que tan pocos han conseguido singularizarse de una manera digna de ser trasmitida á la posteridad. Ya he manifestado al principio, que Isidoro no debió á la educacion ninguno de los auxilios capaces de ayudar á los esfuerzos del ingenio. Lejos de eso, fué tal el abandono de sus padres en este punto, que Maiquez en su niñez apenas supo mal leer; y solo en fuerza de su aplicacion y constancia comenzó á escribir cuando ya era hombre. Su primitiva lectura fué la de cuantas comedias llegaban á sus manos; pero este recurso únicamente podia proporcionarle una instruccion vaga y superficial, que requiere de antemano la rectificacion del juicio y del gusto. ¿ Por qué medios, pues, llegó Isidoro á enseñorearse de su arte y de los espectadores, hasta el punto de obligarlos á desprenderse, por decirlo así, de sus propios sentimientos para identificarse con el personaje fingido, haciéndoles experimentar todos los

afectos del amor, del odio, del furor, del espanto, de la desesperacion; y en fin, conducirlos á su arbitrio por el vasto campo de las sensaciones morales? Nada se puede decir sobre este punto. Su habilidad fué un misterio que no llegó al extremo de ser revelado, porque nunca quiso discípulos: ni aun á sus mismos compañeros manifestó los principios que le conducian al acierto; porque en los ensayos se limitaba á corregir los errores, pero sin desenvolver ninguna teoría fundamental. Igual reserva observó siempre en el estudio privado que necesariamente haria de su arte. Se ignora cuál fué su lectura, y el sistema de ensayo particular que hiciese en su persona. Unicamente se sabe con certeza que tenia en su cuarto espejos de cuerpo entero, en los cuales sin duda estudiaba y ordenaba sus ademanes. Corrobora esta especie el haberle oido decir alguna vez, que todo el que al dedicarse á la carrera cómica no prefiriese tener un espejo de cuerpo entero mas bien que buena camisa, no debia prometerse jamas llegar á la perfeccion en su arte (12).

Despues de haberse elevado Maiquez á la mayor altura de su mérito escénico, no fué por eso impecable respecto del arte. Alguna vez no penetró bien el espíritu de los poetas; alguna vez se dejó llevar mas allá de lo que permite la verdad. Pero estos pequeños lunares, que solamente se dejaban ver muy de tarde en tarde, en medio de rasgos

muy sublimes, no podian de modo alguno disminuir su mérito. Al contrario, quedó tan fuertemente impresa en la memoria del público la inmensa suma de bellezas que tan prodigiosamente sembraba en la representacion de cualquiera obra dramática, que difícilmente las olvidarán cuantos han tenido la suerte de verle trabajar en su mejor época, esto es, desde el año 14 hasta el 18 inclusive. ¿ Quién podrá borrar de su alma la impresion dolorosa que recibia al salir de la boca de nuestro actor el ahogado y profundo suspiro que exhalaba Montcasin al escuchar los nombres de sus jueces! ¡ Qué pecho, por endurecido que estuviese, podia soportar el extremado terror que infundia Otelo en el quinto acto, en donde cada movimiento de Isidoro, aun el mas leve, era un pensamiento, un mudo intérprete del feroz designio de aquel bárbaro africano! Su acento eminentemente trágico; aquellas inflexiones de voz ya terribles, ya patéticas; aquel "¡Edelmira!" pronunciado de un modo que no se comprende, parece que aun resuena en nuestros oidos. Ninguno de cuantos le oyeron es capaz de explicar la naturaleza del acento que Maiquez empleaba; mezcla incomprensible de ternura, de sentimiento, de ira y despecho, cuando al pretender Jocasta reprimir el enojo de Polinice contra Etéocle diciendo estas palabras:

> Los delitos Jamas con sangre fraternal se vengan:

Respondia aquel con esta amarga y dolorosa reconvencion:

¿Y por qué tú me hiciste hermano suyo?

Vehemente y expresivo con la palabra, lo era en la accion muda hasta un punto increible. Al presentarse Polinice en el palacio de Etéocle, desde el fondo del foro se pintaban en los ojos de Isidoro los dos opuestos sentimientos de este personaje; el amor á su madre, y el odio á su hermano. Ya en brazos de aquella, volvia el rostro á contemplar á este, y con un juego fisionómico, delicado y vehemente, pintaba con mudo lenguaje el odio, el desprecio y la venganza; y antes que hablase, ya los espectadores experimentaban el ansia y agitacion producidos por el presentimiento de una catástrofe espantosa. En la representacion de Nino II conseguia que este personaje, á pesar de su crimen, se presentase á la memoria bajo un aspecto tan favorable que obligaba á lamentar su trágico fin. En efecto, Maiquez daba á Nino tal colorido de bondad con su acento patético, que hacia simpatizar con él á todos los espectadores. ¿Cómo era posible comprender aquel tono singular de sorpresa con que exclamaba al reconocer la voz de su amada: "¡ Elcira! ¡ Cielos! ¡Es posible!" sin tener la expresion y vehemencia que la naturaleza le habia concedido? Estas dotes singulares le hacian admirable en la muerte de Abel. ¡ Qué transiciones tan bellas! ¡ qué sueño fu-

nesto tan bien pintado con el colorido del sentimiento y del rencor! Cain, en la persona de Maiquez, era un leon furioso á quien no aterraba la cólera celeste. Pero lo que puso el colmo á sus triunfos teatrales, fué la tragedia de Oscar. Poco elogio será decir que se oscureció á sí mismo respecto de las demas tragedias: hasta entonces jamas se habia hecho tan visible el imperio que aquel actor eminente ejercia en el alma de los espectadores. El delirio de Oscar á consecuencia de haber asesinado á su mayor amigo, le pintó Maiquez de una manera que no se puede describir: los ojos inertes y desencajados, lívido el rostro, entreabierta la boca, el cabello desordenado, los pasos azarosos, débil el movimiento de su cabeza, la voz reconcentrada y lánguida, los brazos moviéndose en razon de las impresiones momentáneas de los sentidos; todo anunciaba el estado lamentable de un alma virtuosa, arrastrada, á pesar suyo, al crímen, y devorada por los remordimientos. ¡Qué espantoso recuerdo aquel que le reproducia la escena sangrienta de que habia sido causa! ¡Qué movimiento de horror al pronunciar estas palabras!

gritos, sollozos, lágrimas, espadas, sangre.....

Puede asegurarse que al pronunciarlas nuestro trágico, á todos los espectadores se les herizaban

los cabellos, y un frio intenso discurria por sus venas. Tal era la fuerza de expresion de Maiquez.

El defecto mas notable de este célebre actor consistió en el estudio poco detenido que hizo en la propiedad de los trages. Y en esto fué tanto mas reprensible, cuanto que, habiendo hecho bastantes innovaciones en el decoro de la escena, y teniendo tanto ascendiente sobre el público, todos hubieran suscrito gustosos á reformas útiles, autorizadas por el único actor que podia esperar el silencio y aprobacion de los espectadores. Pero él siempre prefirió la elegancia á la verdad; y en esto únicamente suscribió al gusto que siempre habia reinado en el vulgo, y de que aun se conservan restos, el cual tolera de mala gana la propiedad como el trage no sea bonito. Sin embargo, debo decir, en obsequio de la verdad, que en esa parte fué dócil; puesto que para vestir cual convenia, consultaba el parecer de D. Dionisio Solís, literato y erudito bien conocido en la república literaria.

Por lo demas es preciso conceder, á pesar de la ignorancia y de la medianía orgullosa, que Isidoro fué siempre en la escena grande y sublime. Era tan susceptible de expresar todos los trasportes volcánicos del alma, como los mas delicados acentos de la ternura y de la humanidad. Feroz en *El Otelo*, terrible en *Orestes*, patético y enérgico en *Oscar* y en *Nino*, sublime en *Atalía*, có-

mico cual ninguno en El Pastelero de Madrigal y en La Esposa delincuente; dulce, sensible y respirando piedad evangélica en Fenelon; jamas actor alguno supo tomar tan diversas formas, desaparecer de la mente de los espectadores, y presentar en lugar suyo la imágen del héroe que fingia: manejar tan diestramente los recursos del arte, y desentrañar las pasiones, los caractéres y las situaciones con la soberana inteligencia que Isidoro Maiquez.

Por si hubiere alguno á quien pareciesen exageradas las alabanzas debidas al mérito de un hombre cuya temprana pérdida lamentaremos siempre, el testimonio de un literato español muy apreciable, que no duda asegurar haber alzado Isidoro la declamación trágica á un punto de perfeccion desconocido en España, y muy raro en Europa, será el mejor garante de cuanto queda dicho. "Injusticia sería (dice) al hablar de la tragedia en España, no pagar este tributo de alabanza al extraordinario talento de Isidoro Maiquez, el cual mostró hasta donde sea posible hermanar la dignidad con la sencillez; remedar el lenguaje de las pasiones con la voz, con el gesto, hasta con el silencio mismo, y aparentar una imitacion tan llena de verdad y belleza, que encantase al propio tiempo que destrozase el corazon. Árbitro de moverle á su voluntad, merced al talento mas vario y mas flexible, él hizo admirar al público español las obras mas perfectas del teatro; y aun otras de menos valer debieron á ese actor ostentar un mérito que en sí no poseían. Vieron los espectadores con admiracion y angustia al magnánimo Orosman luchando con los celos: temblaron al ver á Otelo entrar silencioso, y recorrer con los ojos la funesta estancia: á Cain resistiendo en vano el impulso fatal que le arrastraba al fratricidio: á Bruto envolviéndose en el manto, y señalando con mano trémula la cabeza de sus hijos al hacha alzada de los lictores: en una palabra, admiraron la suma perfeccion á que puede llegar el arte, hermoseando en la imitacion á la misma naturaleza."

Muchas personas extrañan que la influencia de Isidoro Maiquez en el teatro no haya sido tanta como al parecer debia esperarse de sus conocimientos artísticos, y de su predominio en la escena. Sin detenernos á enumerar las infinitas causas que debieron obligar á Maiquez á limitarse, como actor, al desempeño de sus papeles, haremos ver, sin embargo, que su influjo no fué tan corto como aparece á primera vista.

Preciso será convenir ante todas cosas que la organizacion interior de las compañías cómicas no podia estar de ningun modo al arbitrio de un mero director de escena; y dado caso que lo estuviese, tal vez no hubiera sido entonces mas feliz en su arreglo que lo fué cuando pudo y estuvo en su mano dar un giro ventajoso á los medios de fomento de las compañías y de los espectáculos teatrales. Pero si

bajo semejante concepto puede reputarse por nulo su influjo ; cuán poderoso fué este en la escena! Maiquez apareció en ella como primer actor, y en el instante mismo todo cambió de aspecto (13). A una representacion siempre afectada y artificiosa, resabiada con los infinitos vicios del mal gusto de los siglos anteriores, sustituyó otra mas sencilla, mas verdadera, mas noble, en una palabra, mas arreglada á la naturaleza. A la impropiedad y desaliño que se notaban en decoraciones, trages y comparsas, se siguió la regularidad, la propiedad, la sencillez y el órden, compatibles con las limitadas facultades de las compañías, y con los obstáculos que salen al encuentro de cualquiera innovacion. En fin, su espíritu se difundia por la escena; por todas partes se dejaban ver sus efectos, y el público, familiarizado con ellos, llegó á distinguir las representaciones que Maiquez miraba con indiferencia, de las que ensayaba con interes. Es verdad que no enseñó el arte á ninguno de sus compañeros, de cuyo beneficio hemos carecido, sin duda por causas que no nos es dado desentrañar; pero en recompensa les ofrecia un modelo vivo, insinuante y persuasivo, por medio de impresiones tan fuertes, que pocos fueron los que, libres de resabios anteriores, no descubriesen á cada paso la fuente de sus conocimientos artísticos. Caprara, Rafael Perez, la María García, la Gertrudis Torre, la Virg, Avecilla, Cristiani, y algunos mas, cuya carrera cómica coincidió en época con la de Maiquez, disfrutaron con justo título de los aplausos públicos que la imparcialidad les ha tributado como un testimonio irrecusable del aprecio en que tenia la escuela á que debieron su reputacion, y como justo homenaje debido á la honrosa memoria de su fundador. Maiquez, pues, fijó en España el carácter de la representacion teatral: carácter debilitado por el trascurso del tiempo, y del cual apenas se descubre el mas leve vestigio en la escena. Ojalá aparezca un sucesor digno de seguir las huellas de aquel actor eminente, para no ver marchitados los lauros escénicos que supo acumular sobre las musas españolas, mucho tiempo hace mustios y abatidos por la pérdida del único hombre en cuyas manos recobraban instantáneamente su verdor y lozanía. Con él, segun la expresion de Moratin, empezó la gloria de nuestro teatro en la representacion, y con él acabó.

La reputacion colosal de Isidoro Maiquez contribuyó á que cultivasen su amistad personas de todas clases, literatos y artistas distinguidos: á todos lisonjeaba la idea de asociarse á un hombre de esclarecido mérito, que tan completamente ocupaba la atencion del público. Moratin, el Padre Estala, el Marques de Vega Armijo, Sabinon, Quintana, Goya, Esteve, Bauzil, Rivelles, y otros muchos, fueron los que mas estrecharon sus relaciones con este célebre actor. Pero ni to-

das las distinciones que mereció á la sociedad ilustrada, ni su sobresaliente mérito, bastaron para detener el golpe fatal que nos le arrebató demasiado pronto, dejando solo dolorosos recuerdos de sus pasadas glorias, y la idea desconsoladora de una pérdida que dificilmente puede ser reparada.



## NOTAS

## DE LA VIDA DE MAIQUEZ.

(1) La partida bautismal que tenemos à la vista dice así:

"D. Andres Facio y Rolandi, presbítero, beneficiado y teniente de cura de la única iglesia parroquial de la Ciudad de Cartagena, certifico: que en el libro sesenta y dos de bautismos de dicha iglesia á fojas ocho vuelta. la primera partida es como sigue. = Partida 38. = En Cartagena á diez y nueve de Marzo de mil setecientos sesenta y ocho: Yo D. Francisco Antonio Baldasano, teniente de cura de esta parroquial, Bapticé solemnemente v Chrismé á Isidoro Patricio, que nació el dia diez v siete de dicho mes á las dos de la tarde; hijo legítimo de Isidoro Maiquez, natural de Valencia, y Josefa Rabay, natural de esta ciudad. Abuelos paternos, Leonardo Maiquez y Bernarda Tolosa, naturales de Valencia. Maternos Pablo Rabay, natural de Génoba, y María Guerrero, natural de esta ciudad. Fueron padrinos D. Domingo Valarino y Ana María Ors, á quienes advertí su obligacion y parentesco. Testigos Juan Prieto y Mateo Mengual. = D. Francisco Antonio Baldasano. = Corresponde con su original á que me remito; y para que conste donde convenga, doy la presente que firmo en Cartagena á veinte y tres de Enero de mil ochocientos veinte y siete. = Andres Facio y Rolandi." 6:

- (2) Haciendo memoria de sus primeros ensayos cómicos, referia Maiquez á sus amigos que en cierta ocasion representó en Toledo la comedia intitulada el Triunfo del Ave María, la cual le valió tan estrepitosa bufa, que indignado por ese mal tratamiento salió del teatro y de la ciudad sin concluir la funcion, y emprendió su viaje á Madrid vestido de moro, porque desempeñaba la parte de Tarfe. Anduvo á pie toda la noche con la mayor precipitacion; de suerte que al rayar el alba se halló de la parte acá de Illescas, y continuando su marcha entró á deshora en Madrid, tan risiblemente equipado como salió de Toledo.
  - (3) Maiquez se dió á conocer en la representacion de *El Pastelero de Madrigal*, comedia que desempeñó siempre con soberana maestría. Así, pues, decíase en el pueblo cuando se hablaba de esta funcion, *solamente sabe desempeñarla bien el marido de la Prado*; sobrenombre con el cual era entonces conocido.
  - (4) Muchos partidarios cuenta la idea de que Maiquez adolecia del defecto de frialdad en la declamacion. Entre aquellos se halla nuestro inmortal Moratin, el cual asegura que Maiquez, al principio de su carrera cómica en Madrid, era un actor extremadamente frio que entendia y no expresaba sus papeles. La autoridad de tan distinguido literato, cuya opinion y criterio he respetado siempre, bastaria por sí sola para imponerme silencio en este punto, si no creyera que tal vez la poca importancia de semejante cuestion (de ningun influjo en el relevante mérito de un actor que en épocas posteriores supo desarmar la crítica, y añadir nuevo fuego al entu-

siasmo público) le indujo á desdeñar su exámen, y á seguir, bien sean las impresiones que recibió al verle por primera vez en la escena, bien la opinion comun que por entonces pareció muy acertada. No diré que Maiquez en sus primeros tiempos fuese tan vehemente y expresivo como fué despues; pero sí creo que para calificarle de actor frio, influyeron algunas causas, cuyo exámen no dejará de interesar á mis lectores.

Cuando Maiguez vino á Madrid, reinaba en nuestros teatros la falsa declamación; quiero decir, aquel estilo ampuloso, enfático, cadencioso y plañidor, que se tomaba entonces, no por la expresion sencilla de la naturaleza, pues no podia llegar á tanto la equivocacion, sino por el estilo propio y peculiar de la declamación teatral. Ha dominado por mucho tiempo, y aun domina todavía en parte, la idea de que la expresion declamatoria del teatro ha de ser de diversa naturaleza de la que en realidad emplean los hombres en los sucesos comunes de la vida. Verdad es que en la escena es menester aumentar bastante las formas de las cosas para que estas hagan efecto; pero de aumentarlas á variar su naturaleza, hay una distancia inmensa; y el haber trocado los frenos de esta suerte, ha dado lugar á que se citen los héroes teatrales como objetos ridículos. Un héroe de teatro es ya sinónimo de un hombre muy tieso, muy erguido, que marcha á compás, que habla con énfasis, y estudia posturas de figura de naipe. El hábito de ver lo malo, sin término de comparacion que lo ponga en duda, hace que los espectadores aplaudan lo que es de mal gusto, y cuando llega la época de la innovacion, y esta la intenta una persona que todavía no ha logrado afianzar su crédito, corre mucho riesgo de recibir vituperios en vez

de aplausos. ¡Cuántos obstáculos tendria que vencer el primero que se propuso sustituir la arquitectura griega y romana á la gótico-arabesca! ¿Qué insulso, qué frio, qué pobre apareceria el órden dórico ó el toscano, al lado de aquella profusion y aquel laberinto que adornaban nuestros góticos edificios! En igual caso se vió Maiguez con su nueva escuela. Se propuso imitar, no el estilo teatral admitido en su tiempo, sino el de la verdad. No el sonsonete campanudo de la declamación, sino el acento sencillo, profundo y enérgico de las pasiones. No los juguetes de sombrero, guantes y baston, ni la tiesura y acompasado movimiento del cuerpo, ni la accion pintoresca y descriptiva, sino el continente noble que prescribe el decoro, la economía de movimientos que aleja la ridiculez, y no disminuye el valor de las palabras: en fin, la simplicidad de la naturaleza tal como él la veía en los hombres.

Mas semejante tránsito era de suyo violento. El sacrificio de las impresiones agradables de nuestros sentidos, es el homenaje mas costoso que tributamos á la razon. Así, pues, no es de extrañar que el gusto público, tan apegado por una parte á lo quimérico, y por otra á la costumbre, encontrase árido y frio un estilo que destruía sus inveteradas ilusiones. Decir entonces que Maiquez era frio equivalia en mi sentir á estas frases: "Maiquez no gesticula tanto como los demas actores que hemos conocido: marcha por la escena como cualquier hombre dentro de su casa: apenas manotea: su tono y su diccion se diferencian muy poco de los que usamos nosotros en el trato social; y su energía y su fuego pasará en sus adentros; pero no vemos aquellas patadas que hacian retemblar las tablas, aquellas fuertes puñadas en pecho y muslos

que se oían en el fondo del patio; ni manifiesta tampoco cuando llora aquel gesto plañidor de nuestros antepasados, ni hace subir y bajar el pañuelito blanco para enjugar las lágrimas, por cuyo medio sabemos que al actor le toca llorar entonces." En todo esto tendrian razon sin duda alguna: mas verificada la innovacion, porque las circunstancias protegieron los esfuerzos del actor, aquel nuevo método llegó á agradar; y circunscrita la idea de frialdad á la infancia de este mismo método, quedó consignada por tradicion, sin pararse los espectadores á examinar que aquello que entonces les pareció frio, es lo mismo que aplauden actualmente calificándolo de fogoso y enérgico.

Los vicios introducidos en la declamación no fechan de la época á que este párrafo se refiere: por lo tanto, ni al público ni á los actores de ese tiempo se les puede hacer responsables sino de no haberlos desterrado, como individualmente lo consiguieron, mas por instinto que por razon, la Rita Luna, Querol y algun otro. Para conocer cuán arraigados estaban aquellos vicios, y qué de antiguo se hallaban introducidos en Europa, bastará leer el siguiente fragmento del Hamlet de Shakespeare, en que el protagonista, dialogando con unos cómicos que habian de representar una composicion suya, se expresa del modo siguiente: "Dirás este pasaje en la forma que te le he » declamado yo: con soltura de lengua, no con voz des-» entonada, como lo hacen muchos de nuestros cómi-» cos; mas valdría entonces dar mis versos al pregonero » para que los dijese. Ni manotées así, acuchillando el » aire: moderacion en todo; puesto que aun en el torren-» te, la tempestad, y, por mejor decir, el huracan de las » pasiones, se debe conservar aquella templanza que ha» ce suave y elegante la expresion. A mí me desazona en » extremo ver á un hombre que á fuerza de gritos estro-» pea los afectos que quiere exprimir, y rompe y desgar-» ra los oidos del vulgo rudo, que solo gusta de gesticu-» laciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaria azo-» tar á un energúmeno de tal especie: Herodes de farsa, » mas furioso que el mismo Herodes..... Ni seas tampoco » demasiado frio: tu misma prudencia debe guiarte. La » accion debe corresponder á la palabra, y esta á la ac-» cion, cuidando siempre de no atropellar la simplicidad » de la naturaleza. No hay defecto que mas se oponga al » fin de la representacion, que, desde el principio hasta » ahora, ha sido y es ofrecer á la naturaleza un espejo en » que vea la virtud su propia forma, el vicio su propia » imágen, cada nacion y cada siglo sus principales carac-» téres. Si esta pintura se exagera ó se debilita, excitará » la risa de los ignorantes; pero no puede menos de dis-» gustar á los hombres de buena razon, cuva censura de-» be ser para nosotros de mas peso que la de toda la » multitud que llena el teatro. Yo he visto representar á » algunos cómicos, que otros aplaudian con entusiasmo, » por no decir con escándalo, los cuales no tenian acento » ni figura de cristianos, ni de gentiles, ni de hombres: » que al verlos hincharse y bramar no los juzgué de la » especie humana, sino unos simulacros rudos de hom-» bres hechos por algun mal aprendiz. Tan inicuamente » imitaban la naturaleza." (Traduccion de Moratin.)

Esta reseña de Shakespeare abraza importantes máximas del arte, enteramente conformes con las que Maiquez observó en la escena.

El actor que por naturaleza no es fogoso, jamas llega á serlo por el arte. El que lo es por temperamento, y lo

manisiesta sin la intervencion de la voluntad, podrá carecer de estilo, de ademanes, de cadencias armónicas, de arte en fin, pero jamas aparecerá frio. En este caso pudo tal vez encontrarse Maiquez. Su habilidad escénica debió acrecentarse sobremanera respecto de su primer tiempo; y esto es tan cierto, que los que no le vieron trabajar desde el año 814 al 18 inclusive, puedan tener por seguro que no han visto al primer trágico español. ¡Pero frio Isidoro Maiquez! ¡Falto de calor y energía un hombre que desde su niñez, y tanto en la escena como en el trato social, descubria, sin conocerlo él mismo, la sangre sulfúrica que corria por sus venas!! Es preciso para creerlo así, no haber examinado con detenimiento una cuestion cuyos resultados no son tan indiferentes como aparecen á primera vista, ya se haga aplicacion de ellos á la opinion artística de nuestro primer trágico, ya se les mire como guia segura para juzgar de la disposicion de cualquier principiante en la carrera cómica.

el año 20 con motivo del fallecimiento de Maiquez, insertó una carta dirigida por este á Talma, que dice así:
"Muy señor mio, y amigo de mi mayor aprecio: Con mucho gusto mio he recibido su estimada carta de 23 de junio, en que me renueva los testimonios de nuestra antigua y sincera amistad. Ni ella ni usted han salido nunca de mi memoria. Presentando ya con tanta frecuencia en la escena española á Orosman, Orestes, Oscar, ¿podia olvidar á mi maestro, al ilustre actor que ha sabido pintar con una verdad y energía tan singulares las pasiones mas terribles de los hombres? Lo confieso con ingenuidad y con orgullo: á usted debo los progresos que he podido ha-

cer en un arte tan difícil. Y si el pueblo español ha visto propiedad y decoro en la escena, naturalidad y belleza en la representacion de aquellos personajes, se lo debo tambien al digno modelo que me propuse imitar, y que tendré siempre presente en mi memoria. No lo dude usted, amigo mio, la conservaré eternamente, así como conservo la esperanza de dar á usted un abrazo si las circunstancias me lo permiten, etc., etc." = El contenido de esta carta prueba que no era Maiquez tan orgulloso como creyó la envidiosa medianía. Lejos de eso respetó el mérito, y fué imparcial é ingénuo. Este es el distintivo del verdadero talento.

Así la carta que motivó esta contestacion, como otra en que Talma, despues de prodigar á Isidoro los mayores elogios, le instaba á que dejase su patria y pasase á vivir y disfrutar con él durante su vida de los bienes con que su gobierno le habia premiado, fueron dirigidas á Maiquez el año 1818, despues de diez y siete años de silencio, y cuando el testimonio unánime de tantos franceses como le vieron trabajar en Madrid, hizo llegar la fama de su nombre á oidos del único rival que se le conocia: rival á quien lisonjeaba sobremanera la idea de que se le considerase maestro del Roscio español.

(6) Los actores con quienes Maiquez se presentó á su vuelta de Paris en los Caños del Peral, fueron:

DAMAS.	GALANES.	BARBAS.
La Prado.	Maiquez.	Campos.
La Ramos.	Infantes.	Martinez.
Otra Ramos.	Ronda.	Mata.
Gertrudis Torre.	Fabiani.	
Briones mayor.	Suarez.	GRACIOSOS.
Francisca Laborda.	Angel Lopez.	Querol.
Josefa Torres.	Iriarte.	Cristiani.
	Rivera.	Francisco Lopez.
	García.	

Y algunos otros que no se tienen presentes.

(7) El célebre trágico ingles Kemble, con quien Isidoro entabló tambien relaciones de amistad en Madrid, tuvo la modesta y franca ingenuidad de confesar que el trágico español aventajaba á cuantos la opinion designaba como sus rivales.

Semejante dictámen, que pudiera muy bien considerarse como dictado por una falsa modestia, se confirma igualmente con el aserto de un diplomático extranjero, cuyo nombre no se me ha comunicado, el cual viendo á Maiquez en la tragedia de Oscar, dijo á las personas que con él se hallaban en el palco: "Debo confesar á ustedes, sin que lo tomen por lisonja, que ni Talma, ni Kemble, á quienes he visto trabajar muchas veces, son capaces de hacer mas que lo que ese hombre hace en esta tragedia."

- (8) En este teatro fué donde el afamado tramoyista D. José Maiquez, hermano de nuestro Isidoro, inventó y dirigió con sumo acierto infinidad de máquinas para servicio de la escena. Su prematura muerte, acaecida á pocos dias de haber entrado segunda vez en Madrid las tropas de Napoleon, nos privó de un artista que honraba su arte.
- (9) En Málaga corrió gran riesgo la vida de Maiquez por la ligereza con que en aquella época se juzgaba de las opiniones políticas, acerca de las cuales decidian comunmente las apariencias, única prueba á los ojos de la multitud.

Es el caso, que apenas llegó á la ciudad se dirigió al correo á sacar una carta. Como vieron un forastero procedente de Madrid, que tenia correspondencia con el pais dominado por el enemigo, le tuvieron por sospechoso, y eso bastó para que la muchedumbre se apoderase de su persona, gritando muera ese traidor, y le condujesen á la cárcel pública. Milagrosamente salió ileso de aquel alboroto; pero faltó muy poco para que le llevasen al patíbulo los partidarios de su misma opinion, y por la cual habíase visto pocos dias antes perseguido con empeño.

(10) Bien notorias son las causas que producian las desavenencias, casi perpétuas, entre Maiquez y sus compañeros. Cuando aquel logró ponerse á la cabeza de estos, encontró las compañías cómicas entregadas á aquella indisciplina ó insubordinacion que tan fácilmente se introduce en esta clase de asociaciones cuando falta, en el que dirige, la energía necesaria para hacerse temer y respetar, y no consentir que ningun individuo traspase

la línea de sus deberes. Dotado Isidoro de un carácter duro é inflexible, reunia ademas cuantas cualidades podian desearse para aquel fin; y así consiguió cuanto quiso, aunque sosteniendo una pugna desagradable con sus compañeros, que le proporcionó disgustos y sinsabores amargos. Pero ocupado únicamente en conducir su arte á la altura que él se habia imaginado, no podia tolerar la indiferencia y el poco órden que se observaba en los ensayos, de cuya formalidad juzgaba, con razon, que debia resultar el acierto en las representaciones. En sí mismo encontró el medio de cortar de raiz los abusos que notaba; y si la dureza de su carácter le acarreaba algunas desventajas, quedaban estas recompensadas con la utilidad real de los espectáculos escénicos, que nunca se habian visto ni mejor dirigidos, ni mas escrupulosamente ensayados. Persuadido de esto por las razones que tenia en su apoyo, y con el fin de obligar á sus compañeros á que asistiesen puntualmente á los ensayos. ordenó en una ocasion que todo el que no estuviese á las diez en punto en el escenario para dar principio al ensavo, pagaria una multa igual á la parte que le correspondiese en aquel dia, destinando el fondo de multas á las urgencias del teatro. Al dia siguiente asistieron todos puntualmente á la hora señalada, excepto Isidoro. que de intento habia dejado pasar la hora, con el fin de dar por sí mismo un ejemplo de sumision á las leves de la conveniencia y del órden. Apenas llegó al teatro le hicieron ver sus compañeros que él habia sido el primero en contravenir á lo acordado en el dia anterior. Maiguez sonriéndose depositó el importe de la multa en el parage destinado al efecto, y dió principio al ensavo manifestando la mayor satisfaccion.

El lenguaje que usaba con sus compañeros era casi siempre acre y severo, singularmente con aquellos que mas disentian de su carácter y opiniones; consecuencia necesaria del sistema rígido de conducta que se habia propuesto observar con ellos. Las anédoctas siguientes pintan muy al vivo el verdadero carácter de Maiquez, y el estado de violencia en que forzosamente se hallarian él y sus compañeros.

Cierta actriz se hallaba una mañana en su camarin consumiendo un cigarro puro, olvidada de que su presencia era necesaria en el ensayo. Maiquez se acercó á la puerta, y sin pasar adelante, y con tono muy sosegado, le dijo: señor cabo de escuadra, cuando V. haya chupado ese habano tendrá la bondad de bajar al ensayo. La actriz mudó de color, arrojó el cigarro, y sin responder una sola palabra, fué inmediatamente adonde su obligacion la llamaba.

En otro ensayo un actor llamado Infantes descuidaba demasiado la accion, en términos de aparecer excesivamente frio. Maiquez le advirtió varias veces este defecto; pero viendo que era inútil cuanto decia, asió de los brazos al actor por detras, y agitándoselos fuertemente le dijo lleno de cólera: ¿Para qué quiere usted estos miembros? ¿No tenemos las piernas para andar? ¿Pues por ventura cree usted que los brazos penden inútilmente de los hombros?

Cuando Maiquez trató de ejecutar la Raquel por primera vez, repartió el papel de la heroina á la María García, con quien la Antonia Prado partia entonces las damas. Esta, ofendida de la preferencia que Isidoro habia hecho de aquella, le escribió un billete sembrado de quejas y reconvenciones amargas sobre el particular. Mai-

quez lo leyó, y con un movimiento tan rápido como su imaginacion, tomó la pluma y contestó en los términos siguientes: No me podia persuadir, de modo alguno, que tu ignorancia llegase hasta el extremo de creer que la dama de un monarca de Castilla fuese una vieja. Es de advertir que ya entonces habia decaido bastante el verdor de la Prado, y que no sucedia lo mismo con la García.

En el año 1805 se propuso Maiquez formar una compañía escogida para el teatro de los Caños del Peral, y eligió aquellos actores de mas aventajado personal, como lo eran Ponce, Prieto, Infantes, Ronda, y algun otro. Al salir un dia del ensayo encontró á un amigo suyo, y le dijo: Vengo fatigado, rendido á fuerza de pelear con esa gente. — Y qué tal, repuso el amigo, ¿ prometen algo? —; Oh! mucho. Tengo la satisfacción de creer que si no consigo formar una buena compañía de cómicos, la formaré magnífica de granaderos.

Cierta actriz que con el contínuo ejercicio llegó á ser muy bien recibida del público, con particularidad en las comedias llamadas de capa y espada, al comenzar su carrera pecaba en frialdad, y carecia de nobleza en su figura y movimientos, no obstante su juventud y agraciado rostro. Maiquez, siempre escaso de buenas damas, pues hubo ocasiones en que suspendió ejecutar cierto género de piezas por carecer de dama que le ayudase, se propuso sacar partido de las aventajadas dotes personales de la actriz ya citada. Un dia, despues de concluido el ensayo de una funcion en que aquella trabajaba, la condujo al salon de descanso del teatro del Príncipe, se sentó en una silla, colocó á la jóven de pie frente á un espejo, y la dirigió las palabras siguientes: Mírate bien

allí. Ya ves que la naturaleza te ha dotado de una figura muy aventajada, de la cual puedes sacar mucho partido en la escena. Ahora bien: figúrate que la que allí ves no eres tú: ¿qué dirias de una dama que con esas dotes naturales se presentase con la cabeza torcida, los brazos caidos sin gracia, y con ese cuerpo lánguido y abandonado á movimientos innobles é insignificantes? Sin duda la motejarias de necia, ¿es verdad? Pues hazte cargo de que igual censura recaerá sobre tí, mientras por tu parte no trates de estudiar para adquirir facilidad y gracia en la ejecucion.

Paseaba Maiquez con un amigo suyo por la plaza de Oriente en ocasion que estaban echando los cimientos del teatro que aun no se ha concluido. Detúvose Maiquez á considerar aquella obra, y dirigiéndose al que le acompañaba: Ya ve usted (le dijo) el principio del gran teatro que han proyectado levantar en este sitio: ¡excelente pensamiento! Pero me queda una duda, y es, saber ¿á dónde irán á buscar actores despues que la obra esté concluida? Maiquez conocia demasiado las enormes dificultades de su arte para que pudiera equivocarse en la resolucion de aquella aparente duda, que en él fué un juicio anticipado, pero infalible.

- (11) En la noche del 27 de setiembre de 1821 se hizo la funcion citada, reducida á una pieza en un acto titulada el Apoteosis de Maiquez: una sinfonía: La Casualidad á media noche: un padedú: el primer acto de la ópera de Alcira; y el sainete de La Inocente Dorotea.
- (12) Hay divergencia de opiniones acerca del uso de los espejos para hacer estudio del ademan y del gesto.

Unos le condenan, otros le aplauden. Los primeros creen que puede conducir á la afectacion y al amaneramiento; y suponen que le basta al actor verse mentalmente para dirigir sus movimientos con arreglo á la pasion que expresa. Los de la opinion contraria, juzgan que el espejo es para el actor lo que para un pintor el modelo vivo: pues así como al segundo no le basta imaginar una figura en la actitud que le corresponde, sin rectificar por el natural todos los contornos que la imaginacion no puede apreciar tan exactamente como guisiera. del mismo modo el actor necesita verse y observarse detenidamente, para no incurrir en inexactitudes á que con tanta facilidad conduce la idea mental cuando carece de la presencia del objeto visible. A la verdad, el riesgo de tocar en la afectación, no depende del uso del espejo, sino de la falta de conocimientos y gusto en el artista.

Un pintor que ejecute un cuadro en el cual domine la afectacion, no deberá al modelo vivo el error que cometió, sino al poco estudio que hizo de la naturaleza, y de las obras maestras de pintura y escultura. Por otra parte, no basta que la pasion dé impulso al cuerpo, es menester, sobre todo, estar familiarizado con los movimientos nobles y bellos para accionar con buen gusto; es menester que haya en la persona del actor lo que llaman los pintores dibujo correcto: he aquí el complemento del arte de pintar, tómese esta frase en el sentido que se quiera, y consígase del modo que mejor parezca. ¡ Cuántos actores se reirian á veces de sí mismos, si se viesen por un espejo en el momento crítico de juzgarse situados en una actitud muy bella! En las artes imitativas la eleccion es muy delicada; y nunca estan demas todos los auxilios que suministra el ingenio, si aquella ha de hacerse tan completa como se necesita para producir bellas imitaciones.

(13) Cuando Maiguez se dedicó á la escena, era verdaderamente lastimoso el estado de nuestros teatros, así en todo cuanto tenia relacion con el servicio y propiedad de aquella, como en la colocación, decoro y policía de los espectadores. Si se exceptúa la circunstancia de haber edificios destinados exclusivamente para dar funciones dramáticas, con los acopios mas precisos de decoraciones y enseres para servicio interior del escenario, ni tenian mucho que echar en cara á los antiguos corrales del tiempo de Felipe IV, ni distaban demasiado de ofrecer en su conjunto el estado deplorable que tenian los espectáculos escénicos cuando D. Agustin de Rojas los describió en su Viaje entretenido. Este atraso, al parecer inexplicable, si se atiende al extraordinario vuelo que habia tomado nuestra poesía dramática desde mediados del siglo XVI, demuestra, de una manera evidente, lo mucho que perjudicaba á los progresos del arte escénico la persecucion contínua á que se veían expuestos cuantos le profesaban, por parte de las autoridades eclesiásticas y civiles, y en su consecuencia por la opinion general, que alejaba de aquel ejercicio á cuantos estimaban en algo su buen nombre y fama.

Aun cuando la rigidez de semejante opinion se había relajado notablemente al finalizar el siglo último, no en tanto grado como era menester para que el escenario se viese ocupado por personas de educación y criterio, capaces de levantar la escena de la humilde situación en que se encontraba. Había mejorado algo, es verdad; pero aun necesitaba del impulso poderoso de un hombre de enten-

dimiento penetrante y voluntad firme, que acometiese tan atrevida empresa. Maiquez era el hombre que se necesitaba: él la intentó y la llevó á cabo, introduciendo en el teatro reformas indispensables.

Una de las mas esenciales, y á la cual se debió el buen orden que desde entonces reina en esa clase de espectáculos, fué la adopcion de billetes numerados para la entrada. Anteriormente los espectadores pagaban á la puerta de las diversas localidades del teatro, produciendo las molestias, desórden y confusion que son fáciles de imaginar; y sobre todo la tiranía de la gente del bronce, ó sean aquellos que llevaban el nombre de mosqueteros, quienes, casi á viva fuerza, se apoderaban de las localidades que mas les convenian para dar cuchillada, ó sea para descargar sobre los pacientes comediantes, como entonces llamaban á los actores, una lluvia de aplausos ó de silbidos, segun sus afecciones personales con ellos, ó conforme al partido que seguian; porque entonces si no habia partidos políticos, los habia cómicos, que es equivalente. Para dar alguna idea de la especie de soberanía que los mosqueteros venian ejerciendo desde muy antiguo sobre todo lo relativo al teatro y á la reputacion de los actores, no será inoportuno referir aquí la anécdota siguiente:

Por los años de 1789 vino á Madrid un actor de mediano mérito, llamado Robles, á desempeñar la parte de galan. A pocos dias de haber llegado, se presentó en su casa un hombre de porte vulgar, ademan osado, locuaz y bullicioso, quien despues del ordinario saludo le dijo: "Señor Robles, vengo á ponerme á las órdenes de usted. Yo soy Tusa, el sastre. — Muy bien venido; pero quisiera preguntar á usted ¿qué tengo yo que ver con el señor 7:

Tusa? — ¡Oh mucho! Es decir á usted..... pues; porque yo soy el que está encargado de los aplausos; y si acaso necesitase valerse de mis servicios..... — Ah! ya; entiendo. Amigo mio, yo agradezco á usted sus buenos oficios; pero debo decirle que la calificación del poco ó mucho mérito que haya adquirido en el arte, la remito enteramente al juicio del público; ademas de que nunca ha sido mi ánimo labrar mi reputación por medio de aplausos mercenarios." El buen Tusa, sorprendido por tan inesperada contestación, se retiró asaz mohino; pero con el pío propósito de vengarse de aquel desaire hecho á su prepotencia mosqueteril.

En efecto, por buen espacio de tiempo no logró Robles presentarse en la escena sin verse acosado de bufas y silbidos. El impertérrito Tusa, semejante al genio del mal, recorria las localidades del teatro, concitando en daño de aquel la ira de sus secuaces, sin darle tregua ni descanso. Es muy factible que al fin Robles se viese obligado, como los demas de la compañía, á capitular con los mosqueteros, para librarse de su tenaz y peligrosa persecucion.

A la providencia de dar billetes numerados para entrar en el teatro, se siguió la no menos importante de establecer asientos en el patio; evitando de ese modo el bullicio y las oleadas de la gente que se mantenia en pie para ver la funcion detras de lo que entonces llamaban el degolladero, el cual no era otra cosa que el espaldar de la última fila de lunetas; pero de tal altura, que llegaba á la garganta de los que de pie se colocaban en el patio. Desaparecieron igualmente los cubillos, ó sean dos á manera de palcos, de forma circular, de cabida de cuatro á seis personas, situados á los dos extremos de las barandillas ó delanteras de las galerías, é in-

ternándose en el proscenio hasta pasar la línea de las candilejas, y no quinqués como son ahora. Estas dos localidades eran patrimonio exclusivo de los apasionados finos; esto es, de los mas decididos encomiadores de la habilidad de las actrices.

Tambien se prohibió entonces el vender agua, naranjas y confituras dentro del teatro; puesto que hasta mediados del siglo último, habia un sitio destinado en los de esta corte para un alojero, que despues se destinó para la autoridad presidente; y en defecto de aquel servian los aguadores, como en la plaza de toros, para mitigar la sed de los concurrentes.

Otra innovacion introducida por Maiquez fué la de poner carteles impresos en vez de manuscritos, suprimiendo los moharrachos que á la cabeza de aquellos se pintaban, figurando alguna escena notable de la comedia que se iba á representar. Desterró la costumbre de que el barba ó el gracioso saliese diariamente por delante del telon de embocadura para anunciar al público la funcion del dia siguiente. Anuncio que rara vez dejaba de atraer alguna rechifla sobre el pobre anunciador, si lo que ofrecia no era del beneplácito del público.

Las actrices debieron tambien á Maiquez el que desterrase las antiguas y parsimónicas sillas de manos, sustituyéndolas con el coche para conducirlas al teatro y á su casa, en compañía de sus respectivas criadas. El variar la hora del espectáculo, que antiguamente era á las cuatro de la tarde en verano, y á las dos en invierno, junto con el uso del coche, dió por tierra con la costumbre de los aficionados á echar dulces á las sillas de las cómicas; frase de que se vale Moratin en su comedia de El Café.

En suma, á estas y otras reformas, que no es fácil conservar en la memoria, añadió las esenciales para el mejor éxito de las representaciones; dando, tanto á estas como á sus ensayos, tal grado de precision, de grandeza y decoro, hasta entonces desconocidos, que no sin justicia fué reputado Maiquez como verdadero reformador de la escena española.







Conservation of the contract of the concentral designation of the concentration of the concentration of the concentration of the contract of t THE RESERVE OF STREET Tolk on the state of the state the state of the section of the state of the En la misma imprenta se hallarán, entre otras obras, las piezas dramáticas siguientes:

Dido, tragedia traducida por D. Manuel Breton de los Herreros: en octavo: 4 rs.

Andrómaca, por el mismo: en octavo: 4 rs.

Doña Ines de Castro, por el mismo: en octavo: 4 rs. Gonzalo de Córdoba, por D. M. B. P.: en octavo: 4 rs. Merope, de Voltaire, traducida por D. Miguel de Burgos: en octavo: 4 rs.

Vasconia salvada, original por el mismo: en octavo: 6 rs.

Omasis, 6 Josef en Egipto, por D. N. Pastor: en octavo: 4 rs.

Don Gil de las calzas verdes, comedia del maestro Tirso de Molina, corregida por D. Agustin Duran: en cuarto: 4 rs.

El Desden con el Desden: en cuarto: 4 rs.

El lindo D. Diego: en cuarto: 4 rs.

Los Gemelos: en cuarto: 4 rs.

A la vejez viruelas, original del Sr. Breton de los Herreros: en octavo: 4 rs.

Los dos sobrinos, ó La Escuela de los parientes, del mismo: en octavo: 4 rs.

A Madrid me vuelvo, del mismo: en octavo: 4 rs.

Un año de matrimonio, ó El casamiento por amor, traducida por el mismo: en octavo: 4 rs.

Marido jóven y mujer vieja, del Sr. Mesonero: en octavo: 4 rs.

Un año despues de la boda, por D. Antonio Gil y Zárate: en octavo: 4 rs.

La Expiacion, arreglada al teatro español por D. Ventura de la Vega: en octavo: 6 rs.

Felipe Segundo, original por D. J. M. Diaz: en octavo: 6 rs.

Aminta, la preciosa obrita de Torcuato Tasso, traducida por Jáuregui, añadida con la vida de su autor: en octavo: 4 rs.